

09
revisado Guadalupe
30/1

LA
VIRGEN DE LA PALOMA.

DRAMA

HISTÓRICO-FANTÁSTICO-RELIGIOSO

EN CINCO ACTOS

Y EN PROSA Y VERSO.

ORIGINAL

DE D. ÁLVARO OMIL Y D. JUAN DE MADRID,

CON MÚSICA

DE DON JOSÉ ARCHE.

Representado el 21 de Diciembre de 1867.

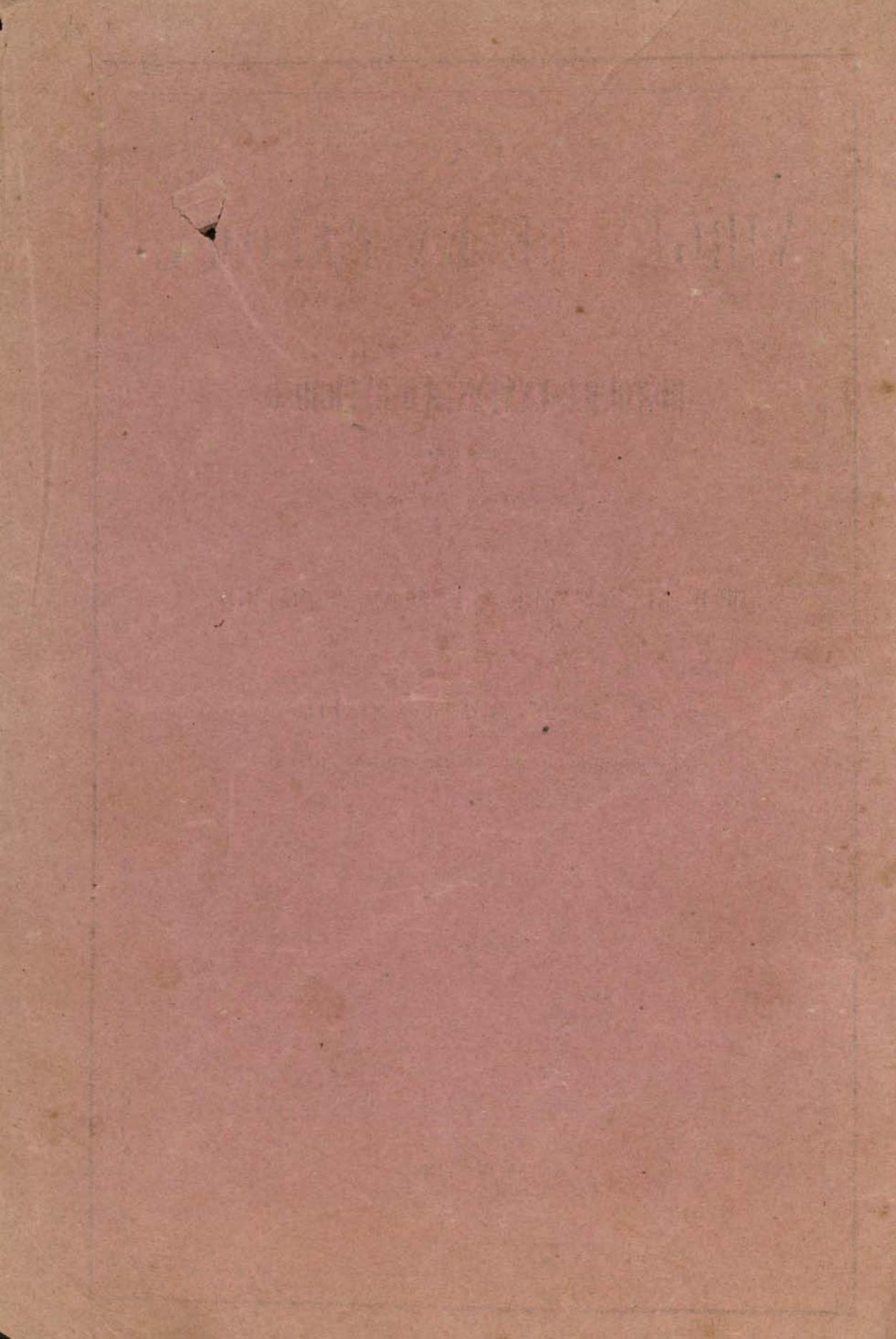
PRECIO.

Madrid..... 4 rs.
Provincias..... 6

MADRID.—1867.

Imprenta á cargo de Ramon Moreno.

San Cipriano, 1, bajo.



A-Gaj. 200/10

12
7382.15





J. VALLEJO lit.^o

Lit. J. DONON, Madrid.

LA VIRGEN DE LA PALOMA.

LA
VIRGEN DE LA PALOMA

DRAMA

HISTÓRICO-FANTÁSTICO-RELIGIOSO

EN CINCO ACTOS

Y EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL

DE ÁLVARO OMIL Y JUAN DE MADRID,

CON MÚSICA

DE DON JOSÉ ARCHE.

Representado el 23 de Diciembre de 1867.



MADRID.—1867.

Imprenta á cargo de Ramon Moreno.

San Cipriano, 1. bajo.

VIRGEN DE LA PALOMA

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos,

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Y EN PROSA Y VERSO

QUINTA

DE ALVARO GOMEZ Y JUAN DE MADRID



DE DON JOSÉ ARCHER

Representada el 29 de Diciembre de 1807

ACTO PRIMERO

LA TERCERA ESCENA



MADRID—1807.

Imprenta de cargo de Ramon Morano

San Cipriano, 1. 1416.

LA VIRGEN DE LA PALOMA.

DRAMA

HISTORICO-FANTASTICO-RELIGIOSO.

PERSONAJES.

ESTRELLA (gitana).....
 ISABEL TINTERO.....
 SEBASTIANA.....
 MANOLA PRIMERA.....
 MANOLA SEGUNDA.....
 GONZALO.....
 EL BACHILLER VILLADIEGO.....
 TORRENEUVA.....
 EL CORREGIDOR ARMONAL.....
 COLETA.....
 DON DIEGO.....
 DON LUIS.....
 DON PABLO.....
 HERMANO DE LA PAZ Y CARIDAD.....
 MANOLO PRIMERO.....
 MANOLO SEGUNDO.....
 MANOLO TERCERO.....
 UN CIEGO.....
 UN CENTIL-HOMBRE.....
 UN ALGUACIL.....
 UN MÚSICO.....

ACTORES.

Sra. Doña Gabriela Romeral.
 Sta. Doña Carmen Genovés.
 Sra. Doña Angela García.
 Sta. Hernández.
 Sra. Doña Marta del Carpio.
 Señor Don Ricardo Morales.
 Emilio Mario
 Eduardo Iroba.
 José Izquierdo.
 Ricardo Zamacois.
 Manuel Cancela.
 Francisco Candela.
 Manuel Aranda.
 José María Díez.
 Manuel García Roman.
 N. Gonzalez.
 Santiago Carreras.
 José María Díez.
 N. N.
 N. N.
 N. N.

Señoras, Caballeros, Curas, Alcaldes de corte, Máceros, Pajes, Manolas, Manolos, Vendedores, Músicos, Alguaciles, Hermanos de la Paz y Caridad, Gitanas, Ugieres, Soldados.—LA ACCION PASA EN 1794.

ACTO PRIMERO.

LAS FÉRIAS DE MADRID EN 1794.

Plaza de la Cebada.—A la izquierda del actor Nuestra Señora de Gracia.— Puestos de todas clases.

ESCENA I.

Chalanes, vendedores ambulantes, alguaciles, soldados, manolas, manolos y despues un ciego y su lazarrillo.

VENED. 1.º ¡Rosquillas de Fuenlabráa!

VENED. 1.º ¡Torraos!

VENED. 2.º ¡Buñuelos, buñuelos!

VENED. 2.º ¡Suspiros de monja y fraile!

VENED. 3.º Aloja.

EL CIEGO. (Entra por la derecha.) Oigan caballeros
 Las nuevas coplas que acaban
 De salir.

VIARIOS. (Rodean al ciego) ¡El ciego.... el ciego!

MANOLO. 1.º Echa un romance.

CIEGO. En seguida.

(Al lazarrillo.) ¡Tienen cará de dinero?

LÁZARRILLO. Sí.

CIEGO. Pues allá va, señores.

Escuchen todos atentos
 Lo que por sus nombres son
 Las mujeres.

LOS HOMB. ¡Eso! ¡eso!

MANOLA 1.º Cuando hablan mal de yusotros
 No os gusta.

MANOLO 1.º Si somos buenos....

- MANOLA 1.ª Para asar.
 MANOLO 1.º Ya vuestros ojos
 Nos tienen fritos
 CIEGO. Silencio.
 ¡No hay quien compre un papelito
 En dos cuartos!
- MANOLO 1.º Reza, y luego.....
 CIEGO. Allá voy..... oigan los hombres,
 Que el romance es para ellos.
 «Las Marias son muy frias,
 »Las Juanas rabian de celos,
 »Las Tomasas toman todo
 »Lo que les dan, las Remedios
 »Solo sirven de enfermeras
 »Si son guapas.....
- TODOS. ¡Já!.... ¡já!....
 CIEGO. Vendo.
 En dos cuartos el papel.
 Quién compra uno?
- VARIOS. Venga.
 CIEGO. Bueno
 Ande la broma.
 MANOLA 1.ª ¿Y las Petras?
 CIEGO. Rabian si no tienen Petros.
 MANOLA 2.ª ¿Y las Tercesas?
 CIEGO. Doctoras.
 MANOLO 2.º ¿Y las Claras?
 CIEGO. Como negros
 Ponen á sus pobrecitos
 Maridos.
 MANOLA 3.ª ¿Y las Consuelos?
 CIEGO. Por cada uno que consuelan
 Dejan perecer á ciento.
 MANOLO 2.º ¿Y las Gilas?
 CIEGO. Pedigüeñas.
 MANOLO 1.º ¿Y las Blasas?
 CIEGO. Zurce-enredos.
 UNA VIEJA. ¿Y las Eduvigis?
 CIEGO. Brujas.
 MANOLO 2.º ¿Y las Pacas?
 CIEGO. Gana pleitos.
 MANOLO 1.ª ¿Y las Colasas?
 CIEGO. Capaces
 De poner al sol un..... ¡Bueno!
 Ya me han dado un pistón.....
 Quién compra el romance nuevo?.....
- Se dirige hácia el fondo seguido de varios de los concurrentes. A la derecha se quedan los Manolos 1.º y 2.º. El Manolo 3.º con otros varios está á la izquierda y á medida que lo marque el diálogo se acerca al Manolo 1.º)*
- TODOS. ¡Já!.... ¡já!.... ¡já!....
 MANOLO 2.º (Al Manolo 1.º) ¿Sabes qué digo?
 Que s'a burlao de ti el ciego.
 MANOLO 1.º Si no vé.
 MANOLO 2.º Tú no has mirao
- Al oírle.... al pinturero
 De Jesús.... Las malas lenguas
 Dicen que con jubileo
 Ve á tu mujer, y Colasa.....
- MANOLO 1.º Habladurias.
 MANOLO 2.º Cornelio,
 Es menester que le abras
 Una gatera en el cuerpo.
 Ahí se acerca.
 MANOLO 3.º (Al 1.º) Hola buen hombre!
 MANOLO 2.º (Al 1.º) Te ha dicho buen hombre, y eso
 Quié decir en castellano
 Juan Lanas.
 MANOLO 3.º (Al 1.º) ¿Cómo está el cielo
 De su parienta de osté?
 MANOLO 1.º Nublao anda.
 MANOLO 3.º ¿Y habrá truenos?
 MANOLO 2.º (Al 1.º) Se está burlando en tus barbas.
 MANOLO 1.º (Enfadado). Habrá rayos si yo quiero,
 Y centellas.
 MANOLO 3.º Oiga osté,
 Compadre, ¿es conmigo eso?
 MANOLO 1.º Con osté, que aquí en la boca
 Del estógamo le tengo;
 Se cuida osté de mi hacienda,
 Más que el que me cobra el diezmo,
 Y si le cojo á osté un día.....
- MANOLO 3.º ¿Qué vá osté á hacer, mata muertos.....
 Fachendon, blancote.....
 MANOLO 1.º (Sacan las navajas). ¿Qué?
 Abrirle á osté un agujero
 En la fachá.... Campo.... campo.
 Ahí vá un mandao..... (Riñen).
 MANOLO 3.º Reza el credo.
 VARIOS. (Que han formado grupo, gritando).
 ¡Que se matan!.... ¡que se matan!
 MANOLO 2.º El Corregidor!

ACTO PRIMERO.

ESCENA II.

Dichos, el Corregidor y alguaciles. Se presenta por el fondo, se abre paso, y al verle cesan los manolos de reñir.

- CORREGIDOR. ¿Qué es esto?
 Amarradlos y á la cárcel
 De córte corred con ellos.
 (Obedecen los alguaciles).
 Ea, despejad...
 (Dos alguaciles se llevan á los presos).
 Si alguno
 Arma escándalo, prometo
 Que á la cárcel vá, y si es chico
 En los Toribios le encierro.
 Siga la fiesta y cuidado.

(A los alguaciles).

Rondad vosotros.... No quiero
Pendencias ¿lo oís? las calles
Contiguas de tiempo en tiempo
Registrad; si algo sucede
Buscadme al punto.

(Se va por la izquierda y los alguaciles por distintos lados. Torrenueva con algunos manolos y el Bachiller con varios caballeros se encuentran y bajan al proscenio).

ESCENA III.

Torrenueva, Coleta, Manolos, Bachiller, D. Diego, D. Luis, D. Pablo y Caballeros. Los dos primeros llegan por distinto lado que los últimos.

BACHILLER. (Reparando en Torrenueva). ¡Qué veo!
No es Torrenueva el indiano
El que la suerte me envía?

TORRENUOVA. Bachiller!

BACHILLER. ¡Por vida mía!

TORRENUOVA. (Saludando á los caballeros). Señores...

BACHILLER. Venga esa mano.
Usted, es cosa probada,
No pierde una diversion.
¡Ya se vé!....

TORRENUOVA. La animacion
Que hay en las ferias me agrada,
Y aunque no me faltan penas,
Para que á curarse acierten....

BACHILLER. Sí, las penas se divierten
Con las venturas ajenas,
Y nada hay más pintoresco
Que este cuadro: yo diría
Que aquí se halla en este dia
Todo el Madrid picareco.

D. DIEGO. Si la belleza española
Vale ó nó, puede aquí verse....

BACHILLER. Todas tienen que esconderse
Donde brilla la manola:
Ni las galantes intrigas
De la corte y su aparato,
Valen más que su zapato
Con galgas, sus rojas ligas,
Su terso jubon airoso
Que se burla del deseo,
Y el mágico contoneo
De su ademan malicioso;
Y su blanquisima enagua,
Y su.....

D. DIEGO. Basta pecador.

BACHILLER. ¡Ay! señor.... señor.... señor!
Se me hace la boca agua.

D. DIEGO. Que le han barajado el seso
Se vé.

BACHILLER. Como á Torrenueva.

TORRENUOVA. ¿A mí?

BACHILLER. La manzana de Eva

Le convierte á uno en camueso.
¿No es verdad?

TORRENUOVA. Yo de su halago
No me pago.

BACHILLER. Por mi fé

Que no es usted el mismo.

TORRENUOVA. Es que.....

BACHILLER. Que alguna dió á usted mal pago.....

Eso sucede á menudo;

Pero el rigor de una dama,

En usted, que tiene fama

De no ser manco ni mudo,

Apenas debe influir.

Ya sabe usted que en la tierra,

Cuando una puerta se cierra

Ciento se suelen abrir.

(Gonzalo atraviesa por el fondo dirigiéndose á la der.)

Y si nó, ahí está Gonzalo;

Ebrio de amor marcha ahora

En busca de la que adora.

TORRENUOVA. (¡Eh! ¡Oh!)

BACHILLER. (A los cabs.) ¡Se ha turbado.... malo!
Mis conjeturas son ciertas.

D. DIEGO. ¿Qué es ello? (Con curiosidad).

BACHILLER. (A callar me obliga.....)
(A Torrenueva).

De ese mozo no hay quien diga
Que halla cerradas las puertas.

TORRENUOVA. (¡Ah!)

(Estrella pasa siguiendo á Gonzalo).

BACHILLER. Y Estrella la gitana

Vá detrás; los vientos bebe

Por él.

TORRENUOVA. (Que el diablo le lleve).

BACHILLER. Es la condicion humana.

TORRENUOVA. (A los manolos). Vamos.....

BACHILLER. ¿Se marcha usted?

TORRENUOVA. Sí.

(A Coleta que vá entre los Manolos).

(Luego hablarte necesito

A solas.

COLETA. (Bien señorito.)

TORRENUOVA. Búscame luego.

COLETA. De mí

Disponga usted como guste.

TORRENUOVA. (Saliendo por la izquierda con paso
agitado). (Yo vengaré mis afrentas).

ESCENA IV.

Bachiller, D. Diego, D. Luis.

BACHILLER. Ahí teneis todo un indiano
Con más dinero que pesa,

Con todos los atractivos
Para agrandar á las bellas,
Y sin embargo se traga
Cada calabaza.....

D. DIEGO. Cuentan
De él yo no sé que aventura;
Usted que es una gaceta,
Debe su vida y milagros
Saber.

BACHILLER. ¿Qué hay que yo no sepa?

D. DIEGO. Cuente usted.....

D. LUIS. ¡Sí, sí, que cuente!

BACHILLER. Señores, su historia es esta:
De América hace dos años,
Llegó á Madrid; aquí alterna
Con nobles y con manolos;
Y si á los primeros presta,
Se gasta con los segundos
Buenos cuartos, porque es fuerza
Para ser hombre importante
En nuestra bendita época,
Saber trastear un toro,
Una puñalada en regla
Dar al lucero del alba,
Ir al canal de merienda,
Embriagarse en San Isidro,
Jugar al cané en la Tela,
Y no hay quien á los manolos
Aventaje en estas ciencias.
Esta es pues su historia pública.

D. DIEGO. ¿La secreta?

BACHILLER. La secreta
Es que está loco de amor,
Que persigue á una belleza,
Y que no logra ablandarla
Aunque es rico.

D. DIEGO. ¿Y quién es ella?

BACHILLER. Vive en este barrio.

D. DIEGO. ¿Cómo
Se llama?

BACHILLER. Isabel.

D. DIEGO. ¿A secas?

BACHILLER. No tal: Isabel Tintero.

D. DIEGO. La beata de quien cuentan,
Que en el corral de las monjas
De Santa Juana, entre feña
Halló una sagrada imagen
de la Virgen?

BACHILLER. No..... no es esa.....
La que usted dice es la tía
De la deidad que encadena
Al indiano; una mujer
Tan piadosa, que no piensa
Mas que en rezar á la virgen
De la Paloma..... es extrema
Su devocion!

D. DIEGO. Yo he pasado
Por delante de su puerta,
Y he visto la santa imagen
En el portal.

BACHILLER. La venera
Todo el barrio, ya lo sé;
Pero aunque piadosa y buena,
Es más jóven su sobrina,
Y el indiano anda tras ella.

D. LUIS. ¿Y no le hace caso?

BACHILLER. No.

D. DIEGO. Tendrá otro amante.

BACHILLER. Por fuerza.
Por tenerle ha enamorado
Al indiano Torrenueva.

D. DIEGO. Francamente, no comprendo.

BACHILLER. Me explicaré..... la mozuela
Ama á Gonzalo.

D. DIEGO. ¿El que há poco
Pasó?

BACHILLER. Sí: el anacoreta,
Como le llama la gente;
Porque siendo un calavera
De los peores, de pronto
Se obró un cambio en su existencia;
Dejó el servicio del Rey
Y se hizo un santo.

D. DIEGO. Por ella,

BACHILLER. ¿No es verdad?

D. DIEGO. ¿Qué duda tiene?

BACHILLER. ¿Y el indiano?

BACHILLER. Una pendencia
Tuvo há poco con Gonzalo;
Se hicieron mútuas ofensas,
Y fueron al campo... pues.....
Cruzan el acero, acierta
A desarmarle Gonzalo,
Se repite la pelea,
Vuelve á suceder lo mismo.
«Ya ve usted que si quisiera
Matarle, le mataría.»
Le dice Gonzalo; tercian
Los padrinos y la cosa
Acaba..... Más Torrenueva,
Avergonzado y corrido,
Jura vengar tanta afrenta;
Y lo que pasa en el mundo:
Cuando no basta la fuerza
Se echa mano de la astucia.
Sabe que Isabel acepta
Sus obsequios, y resuelto
A vengarse acude á verla.

D. DIEGO. Quiso robarle su alma?

BACHILLER. Más dejó la suya presa,
Y lo que mero capricho
Fué, se ha convertido en tema.

D. DIEGO. ¿Odiará á Gonzalo?
 BACHILLER. A muerte.
 Cara á cara, le respeta,
 Porque Gonzalo es muy hombre,
 Más si le coge las vueltas
 Es capaz de cualquier cosa.
 Con los desaires aumenta
 La muchacha su pasión;
 El no ha venido á las ferias
 Con esa gente del bronce
 Sin algun plan.... á la legua
 Se conoce que medita....

D. DIEGO. ¿El qué?
 BACHILLER. Con vuestra licencia,
 Me voy; veo allí un galeno,
 Consultarle me interesa.

D. LUIS. ¿Está Vd. enfermo?

BACHILLER. Un poco.

D. DIEGO. Más no enfermo de la lengua,
 ¿No es verdad?

BACHILLER. Oh! no, señores;
 Vuelvo pronto.

D. DIEGO. Hasta la vuelta.
 (Se va precipitadamente).
 Este Bachiller, amigos,
 No es hombre, que es una flecha.

D. LUIS. Envenenada: si no
 Murmura de alguien revienta.

VOCES DENT. ¡La gitana! la gitana!

D. DIEGO. ¿Qué voces son?

PUEBLO. ¡Viva Estrella!

ESCENA V.

Estrella, Torrenueva, Coleta, Caballeros, Manolos, Pueblo.

ESTRELLA. (Saludando). Salud: yo soy la gitana
 Que en el porvenir penetra.
 ¿Quién hay que quiera saber
 Si su suerte es mala ó buena?

TODOS. ¡Yo!.... ¡ye!

ESTRELLA. Vengan esas manos.

TODOS. ¡La mía! (Hacen lo que murca el diálogo).

TORRENUOVA. (Aparte á Coleta). Escucha, Coleta.
 Busca á Gonzalo y procura
 Que los tuyos le entretengan,
 Yo aguardaré aquí á Isabel
 Que está en San Millán.

COLETA. Vucencia
 Disponga de mí... (Se va).

ESTRELLA. (Al ver á Torrenueva). (El indiano.
 Me vió. Si hablarle pudiera).

MANOLO I.° Quitasus todos de enmedio.

ESTRELLA. (A Torrenueva con intencion).
 ¿Su merced saber desea
 cuál es su suerte?

TODOS. Si... si...

Disela.

ESTRELLA. Pues que se empeñan.

Todos, dème acá esa mano
 Su mercé.

TORRENUOVA. (Cogiendo á Estrella del brazo y marcando la frase.) Mira si aciertas,
 Que es difícil.

ESTRELLA. (De igual modo.) Para mí

No hay nada oculto en la tierra,

Que quien sufre, sabe todo

Lo que en el mundo se enseña.

Haceos atrás. (Murmullos). Silencio.

(Todos se agrupan en torno de Torrenueva y la gitana).

En esta mano de reina

Que su mercé tiene, hay

Cinco rayitas, que prueban

Que está usted enamorado

De una ingrata.

TORRENUOVA. (Con intencion). ¿Quién es ella?

ESTRELLA. Una cándida paloma;

Esa mujer hechicera

Tiene sedoso cabello,

Ojos negros, frente tersa,

Megillas de rosa y nieve,

Por manos dos azucenas.

Usté la ama con delirio,

Diera su vida por ella;

Pero con desden le paga,

Tanto amor. tanta ilfeza.

TORRENUOVA. ¿Quién te ha dicho?...

ESTRELLA. (Clavé el dardo

En su corazon....) Las hembras

Dan mal pago; enamorada

De otro, esa mujer desprecia

Los tesoros de cariño

Que usted le dá.

TORRENUOVA. (Con despecho.) ¡Pues no aciertas!

Ni amo á nadie, ni....

ESTRELLA. Ya veo

(Con intencion y mirándole fijamente).

Que me equivoque.... Las penas

Que usted sufre son de odio,

No de amor.

TORRENUOVA. (Aparte y con rapidez.) Sabes, Estrella,

Que sabes más que acostumbran

A saber tus compañeras?

ESTRELLA. (Sé más aún.... si usted quiere

Que pronuncie un nombre.)

TORRENUOVA. (¡Cesa!

Nos oyen).

ESTRELLA. (Alto con intencion). Es necesario

Que mate usted esa culebra

Que se ha metido en su pecho,
Y pronto.....

- TORRE NUEVA. ¿De qué manera?
ESTRELLA. Esta raya pide sangre.
TORRE NUEVA. (*Recatándose del corro.*) ¡Calla!
ESTRELLA. Esta otra dos veías
Encendidas y mortaja;
Pero estas dos que atraviesan
La mano son su victoria.
TORRE NUEVA. (*Le da una onza.*) (Toma y calla).
ESTRELLA. Soy discreta.
TORRE NUEVA. (¿Quién reveló mi secreto
A esta mujer?) (*Estrella y Torre nueva
cambian al separarse una mirada de
inteligencia.*)
ESTRELLA. ¿Quién desea
Saber su buena ventura?
MANOLO 1.º Mejor es que armeis la fiesta.
TODOS. ¡Sí, á bailar!
ESTRELLA. Venid conmigo.
(*Se va con el pueblo.*)
TORRE NUEVA. Isabel está en la iglesia
De San Millan.... yo he de hablarla.
(*Se va por la izquierda.*)
D. DIEGO. ¿Saben ustedes que Estrella
No parece una gitana?
Sabe más que muchos piensan.
D. LUIS. Sus compañeras la llaman
La señorita.
D. DIEGO. Pues ella
Sabe mejor que nosotros
Lo que pasa á Torre nueva.
D. LUIS. ¡Cómo se puso al oírla!

ESCENA VI.

D. Diego, D. Luis, Bachiller.

- BACHILLER. (*Que llega precipitadamente.*)
Señores, en mi reseña
Me he olvidado de un detalle,
Y por eso doy la vuelta.
D. DIEGO. ¿Cuál? ¿Cuál?
BACHILLER. Este: que á Gonzalo
Ama con pasión frenética
Una gitana muy linda.
D. DIEGO. ¿Estrella tal vez?
BACHILLER. Sí, Estrella.
D. DIEGO. Aquí ha estado hace un instante.
BACHILLER. En cuanto su historia sepa
Vendré á contársela á ustedes.
D. DIEGO. Pero.....
BACHILLER. ¡Con vuestra licencia!
(*Se va precipitadamente.*)
D. DIEGO. Este hombre es un torbellino.
VOCES DENT.º ¡Viva!
D. DIEGO. ¡Las gitanas llegan!

ESCENA VII.

Pueblo, Estrella, Gitanas.

- ESTRELLA. ¡En baile!
MANOLO 4.º Viva el saleró.
MANOLO 2.º Y la gente macarena.

(*Bailable.—Mientras baila una gitana el coro canta
la siguiente estrofa.*)

- Vaya un garbo que tiene la moza,
Derraman sus ojos la sal;
¡Ay! qué gracia, qué hechizo, qué encanto,
Nos vá á marear.
¡Ay gitana, nos tienes á todos
Murriendo de amor,
Cesa, ó danos gitana hechicera
La gracia de Dios!
No hay en el barrio
De Embajadores,
Ni en Morería
Ni en Lavapiés,
Hembras mas cruas
Que las que nacen
En las Tendillas
O en el Pêchel.
¡Alza! ¡Ole! Venga de ahí
MANOLO 2.º Viva la sal y el salero.
MANOLO 4.º Vámonos á la taberna.

(*Las gitanas y el pueblo se van por la derecha. Por la
izquierda salen Isabel, Sebastiana y Torre nueva si-
guiéndolas.*)

ESCENA VIII.

Isabel, Sebastiana y Torre nueva.

- ISABEL. Vamos, Sebastiana á casa.
SEBASTIANA. ¿Las ferias no hemos de ver?
ISABEL. Es tarde ya.
SEBASTIANA. Se retrasa
El reló, y así no pasa
El tiempo.
ISABEL. Vamos, mujer.....
TORRE NUEVA. ¡Señora! (*Interponiéndose.*)
ISABEL. (¡Qué atrevimiento!)
TORRE NUEVA. Hablar á usted necesito,
Escúcheme usté un momento,
Que expresar el sentimiento
Del alma, no es un delito.
ISABEL. Vamos, Sebastiana, vamos. (*Se va.*)
TORRE NUEVA. ¿Esto más? ¡Qué humillacion!
SEBASTIANA. Ya sabe, no le escuchamos.
TORRE NUEVA. Señora...
SEBASTIANA. De prisa estamos.

No he visto hombre más moscon.

(Isabel y Sebastiana se dirigen hacia la derecha. Estrella llega por la izquierda, ve á Torrenueva y se detiene).

TORRENEUEVA. ¡Qué desprecio! como ayer,
Como mañana ¡ah! no sabe
Quién soy, y lo ha de saber.
Mé subyuga esa mujer,
Y es preciso que esto acabe.

ESCENA IX.

Torrenueva, Estrella.

ESTRELLA. ¿La ama usted? (Acercándose á Torrenueva con sigilo).

TORRENEUEVA. ¿Quién?

ESTRELLA. La gitana el secreto adivinó.
Por el bien de usted se afana.
¿Quiere usted verla mañana
En su poder, sí ó no?

TORRENEUEVA. ¿Conóceme bien?

ESTRELLA. (Con sonrisa maliciosa.) ¡Pues ya!

TORRENEUEVA. Si mi amor el triunfo alcanza
Grande tu premio será.

ESTRELLA. Venga usted..... (Estrella va
A realizar su venganza).

(Se van los dos por la izquierda. La gente que hay á la derecha ha interrumpido la marcha de Isabel y Sebastiana. Esta ve á Gonzalo y detiene á aquella.)

ESCENA X.

Isabel, Sebastiana y Gonzalo que llega por el fondo.

SEBASTIANA. Miré usted á Don Gonzalo,
Ya viene, que nos ha visto.

GONZALO. ¡Isabel!

ISABEL. ¡Gonzalo!

GONZALO. Al fin
Logré hallarte, dueño mio.
He ido á tu casa, despues
Las ferias he recorrido,
Y nada.

SEBASTIANA. De San Millan
Hace un instante salimos,
Y.....

ISABEL. (Calla).

SEBASTIANA. (Si no pensaba
Decirle)

GONZALO. Pero ya olvido
Mis penas, pues nos hallamos
Aquí.....

ISABEL. Para despedirnos.

GONZALO. ¿Te vas?

ISABEL. Es fuerza..... Despues
Hablaemos..... Necesito
Hacerte una confianza,
No faltes.

GONZALO. De tapadillo
Hemos de vernos.....? ¿Por qué
No quieres, como es debido,
Que hable á tu tia?

ISABEL. No..... no.....

GONZALO. Es buena..... te ama!

ISABEL. Yo exijo
Que mi voluntad respetes.....
Vé pronto.

GONZALO. Seré sumiso.

ISABEL. Adios.

GONZALO. Adios, dueño amado,

(Sale Torrenueva con Coleta y los observa).

No tardaré.

SEBASTIANA. Cuidadito
Con perdérseme en las ferias.

GONZALO. ¿Cómo? Si voy á seguirlos
De lejos.

(Desaparecen Isabel y Sebastiana.—Gonzalo se va detrás de ellas.)

ESCENA XI.

Torrenueva y Coleta.—Despues músicos.

TORRENEUEVA. ¡Ira de Dios!

COLETA. (Con malicia.) Se van juntos.....

TORRENEUEVA. Es preciso
Que yo me vengue.

COLETA. ¡Pues claro!

TORRENEUEVA. Sólo, sólo su estermio
Puede dar paz á mi alma.

COLETA. ¿Para qué son los amigos?

TORRENEUEVA. Voy á seguirle, á retarle.....

COLETA. Poco á poco..... no permito
Que se pierda usted..... ¿Estamos?
Si estorba..... hay otros caminos.

TORRENEUEVA. ¿Qué dices?

COLETA. ¿Yo? ná..... uno ofrece
Lo que tiene.

TORRENEUEVA. Ven conmigo
Y hablaremos.

COLETA. Es que ya
Los músicos han venido
Para dar la serenata,
y mientras tocan..... (Con misterio.)

TORRENEUEVA. Si.....

COLETA. (A los músicos que se presentan). Amigos,
En marcha.



UN MÚSICO. ¿Adónde?
 TORRE NUEVA. A la calle
 De la Paloma.
 MÚSICO. Al avío.
 TORRE NUEVA. Ven conmigo. (A Coleta.)
 MÚSICO. Ande la música.
 TORRE NUEVA. ¡Mia ha de ser!
 MÚSICO. ¡Mucho oído!
 A la una..... á las dos.....

(Los músicos tocan una marcha con las bandurrias y guitarras, y se van por la derecha precedidos de Torrenueva y Coleta. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

EL ASESINATO DE LA CALLE DE LA PALOMA.

Calle de la Paloma.—En primer término á la izquierda la casa de Isabel Tintero, presentando al público fachada con gran portal practicable.—En el portal, colgada de la pared, la imágen de la Virgen alumbrada por dos faroles.—Á la derecha en segundo término, la calle de la Solana.—En frente está la fachada principal de la casa de Isabel, con reja volada practicable.—Por el fondo la calle de la Paloma, que termina en la de Calatrava.

ESCENA I.

Torrenueva, Coleta, Músicos.

(Aparecen por la calle de la Solana marchando al compás de las guitarras).

COLETA.—Alto, amigos. Haced parada aquí y templad los instrumentos. (Acercándose á Torrenueva misteriosamente). Aquí tiene Vd. la casa de Isabel Tintero.

TORRE NUEVA. (Cogiendo del brazo á Coleta y recatándose del acompañamiento.)—Á fé que el sitio es apropiado para lances..... nocturnos; ¿no es verdad, Coleta?

COLETA. (De igual modo.)—Dé Vd. por terminado el que esta noche prevergo.

TORRE NUEVA.—Si no se toman todas las precauciones.....

COLETA.—Todas están tomadas.

TORRE NUEVA.—Si el golpe no es seguro.....

COLETA.—Tengo yo en mi brazo completa confianza.

TORRE NUEVA.—Pues adelante..... Silencio..

COLETA.—En tanto que estos aturden el barrio con sus voces, yo voy á examinar las callejuelas inmediatas.

TORRE NUEVA.—Prudencia.

COLETA.—Chiton. Ea, muchachos, venga de ahí una copla de las de rechupete.

(Coleta desaparece un momento por el foro, mientras los manolos entonan una seguidilla).

COLETA. (Apareciendo de nuevo al terminar la copla).—Bravo, compañeros. Pero no es justo que vuestras alegres canciones sean oídas solamente en esta parte del barrio. Con que..... á otra parte con la música. (Desaparecen del modo que entraron).

ESCENA II.

Torrenueva, Coleta.

COLETA.—Son cerca de las ocho. No puede tardar en venir nuestro hombre.

TORRE NUEVA.—Ya me conoces, Coleta. Ya sabes que Torrenueva el indiano tiene fama en la corte de rico y generoso. Muéstrame esta noche hasta dónde llega el poder de tu brazo, y yo te probaré hasta qué punto es mi fama merecida.

COLETA.—Estimo la intencion, y á fé á fé que aceptaré despues la recompensa; que en mi vida le he hecho yo ascos á una bolsa llena de oro. Pero..... con franqueza, crea Vd. que si en esta ocasion trabajo, no es tan sólo por ganarme la vida, sino que llevo además otro interés.

TORRE NUEVA.—¿Otro interés?

COLETA.—Sí señor. Tengo yo que saldar cierta cuentecita con el tal D. Gonzalo; porque..... en una ocasion estaba yo preso por..... náa, por una faenilla de poco valor. Quise escaparme, como estaba muy puesto en el orden, y de hijo hubiera recobrado la libertad, que es la prenda que más debe estimar el hombre; pero este D. Gonzalo, que era oficial del cuerpo de guardia, me sorprendió en lo mejor del paso y me agarró por el cuello..... y me maltrató..... y yo se las juré..... y repito que me sirve de placer el que Vd. me encargue que me vea las caras con él.

TORRE NUEVA.—Poco á poco: yo nada te encargo. Tú eres el que se ha comprometido á dar el golpe.

COLETA.—Y Vd. á pagarle.

TORRE NUEVA.—Cierto.

COLETA.—Pues es igual.—Sobre todo, para D. Gonzalo viene á ser lo mismo.

TORRE NUEVA.—¿Tienes bien presentes sus señas?

COLETA.—Bien presente tengo su traje y apostura.
TORRENEUEVA.—Pues adios..... y buena suerte.

*(Recuerdo en la orquesta del baile de los gitanos. Estrella se deja ver por el fondo en acecho de Torre-
nueva y Coleta.)*

COLETA. *(Viendo á Estrella).*—¡Silencio!

TORRENEUEVA.—¿Qué mujer es esa?

COLETA.—Estrella la gitana. Es la sombra de Don Gonzalo.

TORRENEUEVA.—Lo dicho.

COLETA.—No hay más que hablar.

(Cesa la orquesta.)

ESCENA III.

Torreneueva, Estrella: se aproxima lentamente á Torre-
nueva.

TORRENEUEVA.—¡Oh!..... Isabel Tintero, tú has de ser
mia, si nó de grado, por fuerza; que todo lo
alcanza el oro y la voluntad. Esa mujer me ha
hechizado, me ha vuelto loco.

ESTRELLA.—Esa mujer le hiere á Vd. y me mata
á mi.

TORRENEUEVA.—¿Tú aqui, Estrella?

ESTRELLA.—Yo, sí.

TORRENEUEVA.—¿Y qué vienes tú á buscar en tal sitio
y á tales horas?

ESTRELLA.—¿Pues no lo dice bien claro mi semblan-
te? Por cierto que es el que á los dos nos guia,
amargo y profundo sentimiento. Tráele á usted
el despecho y el amor propio ultrajado. A mí
la desesperacion y la sed de venganza.

TORRENEUEVA.—¿Qué quieres decir? ¿A qué vienes?
¿Cuál es tu propósito?

ESTRELLA.—El de dar á Vd. medios que faciliten su
venganza y la mia?

TORRENEUEVA.—¿Tu venganza? (¿Será esto tenderme
un lazo?) ¿Y de quién deseas tú vengarte?

ESTRELLA.—De ella.... de esa mujer; de Gon-
zalo. ¡Oh! de Gonzalo ante todo.

TORRENEUEVA.—¿Tan ofendida estás?

ESTRELLA.—¡Que si estoy ofendida!.....

TORRENEUEVA.—Espíciate.

ESTRELLA.—Yo era muy niña aún. Acababa de cum-
plir quince años. Venturosa edad de amor y de
esperanzas. Yo era pobre; pero libre como el
viento; Gonzalo me halló un día. Yo recorría
las calles cantando jácaras. El se acercó á mí
y me dijo que me amaba. Su apasionado acen-
to resonó en el fondo de mi alma, penetró
hasta mi pecho su ardiente mirada, y desde
aquel punto sentí hácia él un amor inmenso,

irresistible, voraz, propio sólo de las mujeres
de mi raza: de aquellas que aspiran con de-
leite el aire calcinado de la tempestad y alber-
gan en su pecho un corazon templado á los
abrasadores rayos del sol.

TORRENEUEVA.—¿Y Gonzalo no correspondió á tu
amor?

ESTRELLA.—No. Fué el suyo pasajero y falaz. Leve
chispa que arrojó en mi alma huyendo al par
de mí, espantado sin duda de la inmensa ho-
guera que estalló en mi corazon. Quise olvi-
darle: era tarde ya. Partió á la guerra. Seguí-
le. Buscábale yo enamorada, ¡ah! ¡muy enamo-
rada! El huía de mí, y al dar al fin con él, ha-
lléle preso en los amantes brazos de otra
mujer.

TORRENEUEVA.—¿Pero él te ha reconocido?

ESTRELLA.—Sí; me ha reconocido y me ha rechaza-
do. «Ya no puedo amarte:— me ha dicho:—hu-
ye de mí » ¡Me rechaza! ¡Me desprecia! ¡Oh! ¿Sa-
be usted de lo que es capaz una mujer humi-
llada? ¿Comprende usted ahora mi deseo de
venganza?

TORRENEUEVA.—Ahora te comprendo, ahora te creo.
¿Tú deseas vengarte? También yo. Te vengaré.
Pero.... tú me has descubierto tu se-
creto; ¡ay de tí si se descubre el que tú me has
sorprendido! ¡Ay de tí si confías á alguno que
Torreneueva el indiano viene á rondar esta ca-
lle con siniestros fines!

ESTRELLA.—No hay por qué recelar de mí. El mis-
mo interés nos guia. Ya he dicho que vengo á
ofrecerle á Vd. los medios para conseguir el
objeto.

TORRENEUEVA.—¿Cuáles son?

ESTRELLA.—Yo he penetrado hábilmente en la casa
de Isabel Tintero, y he sacado con cera el
molde de la cerradura de la puerta principal.

TORRENEUEVA.—¿Tienes esa llave en tu poder? Píde-
me por ella cuanto quieras.

ESTRELLA.—Poco á poco; no estriba todo en poseer
esa llave. Gonzalo viene todas las noches. Una
criada acecha desde esa reja su llegada. Esta
noche, despues que él se despida, llega usted
á esa puerta; merced á esta llave, hallará usted
fácil entrada, y una vez dentro de la casa....

TORRENEUEVA.—El ingenio y la fuerza conseguirán lo
demás.

ESTRELLA.—Una palabra aún. Prevengámoslo todo.
Pudiera Vd. ser visto ántes de entrar. Ese tra-
je no es apropósito para rondar de noche.

TORRENEUEVA.—No está demás la advertencia.

ESTRELLA.—Silencio; alguno se acerca á este sitio.
Retirémonos de aquí. *(Desaparecen por el fon-
po. Oyese lejano la marcha de guitarras.—Breve
pausa.)*

ESCENA IV.

Gonzalo, Sebastiana.

(Gonzalo llega por la calle de la Solana, y después de inspeccionar el sitio llega á la reja de la casa de Isabel y toca suavemente en los cristales de la ventana, viniendo después á colocarse en el portal, desde donde vuelve á observar la calle).

SEBASTIANA.—(Apareciendo en el portal). ¡Don Gonzalo.

GONZALO.—¿Recogióse ya la tia?

SEBASTIANA.—Recogida está; pero mi señora no se aparta ninguna noche de su lado hasta que la deja dormida. No se hará esperar. Yo sé que mi señora le tiene á Vd. mucho amor.

GONZALO.—¿Lc sabes tú?

SEBASTIANA.—Sí; más tengo para mí que la preocupa una idea.

GONZALO.—¿Y ni siquiera has intentado inquirir?...

SEBASTIANA.—Sí; pero en vano: ni un sólo instante logré divertir su pensamiento. Pasó el día entero sumida en honda meditacion.

GONZALO.—¿Y dices que mi amor, que su idea....

(Isabel aparece en el fondo del portal).

SEBASTIANA.—Silencio, aquí está. (Se retira).

ESCENA V.

Gonzalo, Isabel.

GONZALO.—¡Isabel mia!

ISABEL.—¡Gonzalo!

GONZALO.—Héme aquí: ¡anhelado instante de calma y de ventura!

ISABEL.—Hoy más que nunca le anhelo.

GONZALO.—Tambien yo. Hoy más que ayer; mañana más que hoy.

ISABEL.—¡Mañana! No, Gonzalo. ¡Eso es imposible!

GONZALO.—¿Qué dices?

ISABEL.—Digo que esta debe ser nuestra última entrevista.

GONZALO.—¡Isabel!...

ISABEL.—Lo que vas á escuchar de mi será por tí comprendido y respetado, si escuchas con toda la unción de tu alma cristiana, con toda la fé de tu amante corazón.

GONZALO.—Así te escucho.

(Estrella atraviesa la escena desde el fondo izquierda al primer término de la derecha, en donde queda oculta. La orquesta comienza una melodía).

ISABEL.—Oyeme: huérfana ya de padre, deslizáronse en paz bendita los primeros años de mi vida, amparada por las tiernas y regaladas caricias de mi madre de mi alma. Una noche,

nunca se aparta de mi este recuerdo, la senti agitarse en su lecho y pronunciar mi nombre con voz abogada. Volé al punto á su lado, beséla con efusion. En la diestra oprimia el escapulario de la Virgen de la Soledad; llevóle á sus lábios, y al par que en los mios imprimió en él un beso perceptible apenas.—¡Madre mia! exclamé:—ya no me contestó. En aquel beso apacible acababa de exhalar el postrimer aliento.

GONZALO.—Sigue, te escucho con el alma absorta.

ISABEL.—Sóla ya en el mundo, bañada en amargo llanto, sintiendo el frio de la muerte en mi corazón, pasé la noche entera pronunciando entre sollozos el nombre de mi madre, invocando en mi auxilio el de la sagrada Virgen.

GONZALO.—¡Pobre Isabel mia!

ISABEL.—Mi madre abogaba ya por mí en los brazos de la Virgen, y la Virgen me oyó, y su imágen apareció á mi vista y resonaron en mi oído estas palabras santas: Tu madre vive aún, porque yo lo soy de los desamparados que sienten el dolor que tú sientes, y á tu lado me tienes. Llevé la vista á mi madre; sobre su helada boca se alzaba el escapulario de la Virgen, como ofreciéndose en mi amparo. Del seno de mi madre pasó al mio, y bajo su amparo viví hasta aquí. (Cesa la orquesta).

GONZALO.—¿Y qué más?

ISABEL.—Albergueme después en esta casa, tranquila morada de la piadosa Isabel.

GONZALO.—¡Oh! no olvidaré nunca que al caer mortalmente herido cerca de esta calle, generosa hospitalidad encontré en su casa.

ISABEL.—Y en ella te conocí.

GONZALO.—Y desde entonces laten nuestros corazones bajo la fé de un afecto santo y puro.

ISABEL.—Pero ya no me es dado admitir por más tiempo estas nocturnas pláticas á espaldas de mi tia Isabel.

GONZALO.—¡Conózcalas ella!

ISABEL.—No las autorizaria.

GONZALO.—Poco te obliga mi amoroso cuidado.

ISABEL.—Su avanzada edad reclama el mio.

GONZALO.—¡Oh! Isabel: ya no es mio tu amor.

ISABEL.—Tuyo será eternamente si aceptas el sacrificio.

GONZALO.—¿Y con qué esperanza fortaleceré mi espíritu?

ISABEL.—Con la misma que fortalece el mio. (Mostrando el escapulario). Si fijas los ojos en esta bendita imágen del modo que yo fijo los mios, se inundará de luz inmensa tu alma. Si en ella imprimen tus lábios un beso como este mio, alentaré de nuevo tu pecho.

GONZALO.—¡Isabel!

ISABEL.—¿Deseas imitar mi ejemplo? Toma, y en

esta amarga ausencia consévala sobre tu corazón.

GONZALO.—Prenda tuya, ¡oh ventura!

ISABEL.—¿Qué dices?

GONZALO.—Que la admito como prenda de tu amor.

ISABEL.—¡Impio! (*Rechazándole*).

GONZALO.—Así la acepto.

ISABEL.—Así te la niego: que no ha de ser aceptada tan alta prenda como expresión de un sentimiento terrenal, sino por el divino poder que representa.

GONZALO.—Pues bien: yo rechazo cuantas razones alegues. No habrá poder que me aleje de tu lado; seguiré tus pasos noche y día, seré tu sombra, rondaré tu calle á todas horas.

ISABEL.—Piensa, Gonzalo, piensa que no es ya mi súplica lo que rechazas; piensa que lo que rechazas de ti es este sagrado amuleto que te ofrecía mi amor. Que Dios no tome en cuenta tu impia acción. Adios.

GONZALO.—(*Con sumisión*). No huyas de mí: yo me ausentaré, Isabel, me ausentaré.

ISABEL.—(*Gozosa*). ¿No rechazas ya mi ofrenda?

GONZALO.—Creyente soy. (*Inclinando la frente*).

ISABEL.—Pues ahora lo soy yo de tu fé.

GONZALO.—Gracias, Isabel mía, gracias. (*Melodía*).

ISABEL.—De rodillas, Gonzalo, de rodillas. ¡Virgen mía! Bajo tu amparo santo pongo la fé y la vida del que, lleno de amor y de esperanza, se aleja hoy de mi lado. Adios, Gonzalo, adios.

GONZALO.—Un sólo instante más.

ISABEL.—Imposible. (*Alejándose*).

GONZALO.—Isabel.....

ISABEL.—Te espero. (*Próxima á desaparecer*).

GONZALO.—¡Bien mío!

ISABEL.—¡Te amo! (*Enviándole un saludo cariñoso con la palabra y desapareciendo con rapidéz. Cesa la orquesta*).

ESCENA VI.

Gonzalo.—Después Estrella.

GONZALO.—Adios. ¡Hasta cuándo, Dios mío! ¿Cuándo terminará tan cruel ausencia? ¡Acaso nunca! ¡Con la muerte acaso! ¡Oh! (*Contemplando el escapulario*). No, ¿qué digo? ¡Terminará! Sí, en breve terminará.

ESTRELLA.—Plegue al cielo que sea eterna.

GONZALO.—¿Quién es?

ESTRELLA.—Yo soy. ¿Ya no me conoces?

GONZALO.—¡Estrella!

ESTRELLA.—Loado sea Dios que aún recuerdas mi nombre.

GONZALO.—¿Qué te trae á mi lado?

ESTRELLA.—¡El odio! ¡La desesperación!

GONZALO.—Si tanto te atormenta mi presencia, ¿por qué la buscas?

ESTRELLA.—¡Donosa pregunta la tuya! ¡Pero ya se ve!.... Tú eres feliz, y no comprendes que el alma encuentre un alivio en su propia desdicha.

GONZALO.—¿Yo feliz?

ESTRELLA.—¡Mucho, muy feliz! Amas y eres amado. ¿Hay mayor felicidad en la tierra? Ahora mismo, hace un momento, te hallabas en aquel sitio; una mujer hermosa recogía en su corazón las amorosas frases que le dirigías; tú respirabas su aliento, ella se embriagaba en tus miradas, y ninguno de los dos comprendía que á muy corta distancia se hallaba otra mujer ahogando en su pecho cien dolorosos ayes, temerosa de que revelaran su presencia los violentos latidos de su corazón. Esa mujer era yo. Yo, Gonzalo, que no he olvidado un sólo instante la primera esperanza de amor que despertaron en mi pecho tan engañadoras palabras. Yo, á quien tú desprecias y humillas. Yo, á quien tú has herido de muerte en el alma.

GONZALO.—Déjame, Estrella. Tú estás loca.

ESTRELLA.—Réstame aún el juicio suficiente para estimar en lo que vale la firmeza del amor que un día me juraste.

GONZALO.—Ya que no tuviera en mi disculpa tus cansadas quejas, bastaría á alejarme de tí tu vida aventurera.

ESTRELLA.—¡Gonzalo!

GONZALO.—Harto conocidas son en la corte tus locuras.

ESTRELLA.—Ninguna de ellas pone mengua en mi honra.

GONZALO.—Pero te arrastras y confundes entre la más abyecta canalla de Madrid.

ESTRELLA.—Porque á su lado encuentro el aturdimiento que necesito. Y en cuanto á esas inocentes locuras que me echas en cara, no tienen más que un objeto: el de hallar en ellas la muerte de mi sentimiento. Porque yo quiero que muera, y no muere, Gonzalo, no muere.

GONZALO.—¿Y qué me importa á mí que muera ó no?

ESTRELLA.—No te goces tanto en mi mal, que un día puede alcanzarte.

GONZALO.—¿Qué quieres decir?

ESTRELLA.—Tú amas á esa mujer, ¿no es verdad? Pues acaso ella olvide tu amor; que no en todas las mujeres se halla esta firmeza mía. Y si tu amada Isabel.....

GONZALO.—Yo te prohíbo pronunciar ese nombre.

ESTRELLA.—¿Y en qué se funda semejante prohibición?

GONZALO.—En el amor que me inspira.

ESTRELLA. *(Con sonrisa amenazadora)*.—¿Tanto la amas?

GONZALO.—¡Con toda mi alma!

ESTRELLA. *(Con fuerza)*.—Pues.... mira tú; yo la odio con todo mi corazón.

GONZALO.—Por tu bien te aconsejo que huyas de ella.

ESTRELLA.—Por el tuyo te pido que no precipites mi venganza.

GONZALO.—No puede alcanzarnos. *(Alejándose)*.

ESTRELLA.—Acuérdate que matas mi esperanza para siempre. *(Siguiéndole)*.

GONZALO.—No me sigas. ¡Atrás!

ESTRELLA.—¡Ay de ti, Gonzalo!

GONZALO. *(Sujetándola el brazo y rechazándola de sí)*.—¡Miserable aventurera! ¡Atrás he dicho!

ESTRELLA.—¡Miserable! ¡Yo miserable! ¡Poder del infierno! Has herido de muerte á la hiena; ¡guárdate de ella!

GONZALO.—Queda en paz. *(Lanzándola al salir una mirada de desprecio. Váse por la derecha del fondo)*.

ESTRELLA. *(Con frenética sonrisa)*.—¡Maldición sobre ti y sobre esa mujer aborrecible! ¡Odio eterno para ti y para ella! *(Desaparece por el fondo)*.

(Pausa con música. — Sebastiana apaga las luces del portal, cierra el porton y se retira).

ESCENA VII.

Torrenueva, Coleta Después Gonzalo, Estrella, Corregidor, Isabel, decinos y la procesion del Pecado Mortal.

(Torrenueva aparece por la calle de la Solana. Poco despues asoma Coleta acechándole y ocultándose detrás de la casa de Isabel. — Silencio profundo).

TORRE NUEVA.—Los hombres que han de ayudar mi empresa acudirán á la primera señal mía. Probemos ántes si esta llave.... *(Se dirige de nuevo á la casa)*.

COLETA. *(Precipitándose de improviso sobre Torrenueva)*.—Al corazón.

(La música, suave hasta aqui, fuerte).

TORRE NUEVA.—¡Asesino! *(Cae al suelo desplomado)*.

COLETA.—¡Torrenueva! *(Reconociéndole y huyendo por el fondo izquierda)*.

ESTRELLA.—¡Coleta! *(Apareciendo en el fondo y reconociendo á Coleta)*.

TORRE NUEVA.—¡Socorro! ¡Socorro! *(La orquesta vuelve al piano)*.

GONZALO. *(Llegando rápidamente por el fondo derecha)*.—¿Qué es esto? ¡Un hombre herido! ¡Dios mío! ¡Un puñal hundido en su pecho! ¡Qué

horror! Necesita pronto socorro. *(Suena dentro la campanilla del Pecado Mortal)*. ¡El Pecado Mortal! Corro en demanda de su auxilio. *(Echa á correr hácia el fondo derecha, llevando en la mano el puñal. — Vuelve á crecer la melodía gradualmente)*.

CORREGIDOR.—¡Alto! *(El Corregidor llega seguido de la ronda. Todos traen linternas)*.

GONZALO.—*(Sobrecogido)*. ¿Qué?

CORREGIDOR.—Sujetad á ese hombre. *(Se apoderan de Gonzalo)*. ¡Alumbrad! Un hombre tendido en el suelo. ¡Herido! ¡Muerto!

ISABEL.—*(Apareciendo en la reja con Sebastiana)*. ¿Qué sucede?

SEBASTIANA.—Han asesinado á un hombre delante de esta casa.

CORREGIDOR.—Este hombre huía, llevando en la mano un puñal ensangrentado. Este es el asesino.

ISABEL. *(Desapareciendo de la reja)*.—¡Gonzalo!

GONZALO.—¡Yo! ¡Qué horror!

ESTRELLA. *(Que ha presenciado la escena desde el fondo, baja al proscenio)*.—¡El! ¡El gozo me embarga!

GONZALO. *(Atónito de espanto)*.—¿Yo? Si yo no.... Yo juro.

CORREGIDOR.—Este es.

RONDA.—¡El es! ¡El es! *(Sebastiana abre el portal, por el que se precipita Isabel)*.

ISABEL.—¡Es inocente! Yo lo afirmo.

ESTRELLA.—*(Lanzando á Isabel una mirada terrible, y designando á Gonzalo con el brazo levantado)*. Yo lo he visto. ¡Ese es el asesino!

GONZALO.—Desventurado!

CORREGIDOR.—Aseguradle.

ISABEL.—¡Jesús! *(Cae desvanecida en los brazos de Sebastiana)*.

GONZALO.—Isabel!

(Orquesta piano. Suena de nuevo la campanilla de Pecado mortal, que aparece en el fondo seguido del pueblo).

CORREGIDOR.—El pecado mortal.—Ha muerto un hombre asesinado. ¡Orad por él! *(Todos se arrojan menos Estrella)*.

ESTRELLA.—*(Lanzando sobre Isabel una mirada terrible)*. Ignore ella que es inocente. Yo únicamente lo sé.

VOZ DENTRO.—Para los que están en pecado mortal.

ESTRELLA.—*(Dominando el cuadro, de pié, y con expresion de gozo)*.

¡Yo!..... ¡Yo!..... ¡Yo!.....

(Fuerte en la orquesta. Cae rápidamente el telon).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

EL REO EN CAPILLA.

Capilla en la cárcel de córte.—En el fondo á la izquierda del actor una cortina detras de la cual está el altar con Crucifijo y velas encendidas en un ingreso que forma la pared.—Á la derecha, puerta de entrada con centinela.—En la parte superior del muro debe haber un rompimiento cubierto con gasa del color de la pared, para que á su tiempo pase por detras de él la imagen de la Virgen.

ESCENA I.

Gonzalo, un hermano de la Paz y Caridad, Curas, Corregidor, Bachiller.

(Gonzalo aparece sentado, teniendo á ambos lados al cura y al hermano. Dentro se oye la salve de los presos.—Pausa.)

HERMANO.—¿Desea Vd. algo, D. Gonzalo?

GONZALO.—Nada.

HERMANO.—Entónces le dejó á Vd. sólo con el padre. Temo que mi presencia importune.

GONZALO.—Al contrario, la deseo.... Y la de usted tambien, padre.

HERMANO.—Me tiene Vd. á sus órdenes.

GONZALO.—Gracias. Me trata Vd. con el cariño de un tierno padre, y no por su carácter de hermano de la Paz y Caridad, sino porque le inspiro verdadero afecto, ¿no es verdad?

HERMANO.—Verdad es, D. Gonzalo.

GONZALO.—Si Vds. me ofrecieran el brazo; desee reposar un instante.

(Desaparecen detras de las cortinas.)

ESCENA II.

Bachiller, Corregidor.

BACHILLER.—Qué presencia de ánimo, eh?

CORREGIDOR.—Admirable es en efecto. Porque el trance en que ese infeliz se halla....

BACHILLER.—Es duro.... ¡muy duro! ¿Que si es durillo, eh?.... Ya, ya! ¿Y por qué se halla en ese trance, vamos á ver?

CORREGIDOR.—¿Lo ignora Vd. por ventura?

BACHILLER.—No lo ignoro. Es decir, yo sé lo que todo el mundo sabe. Que se ha cometido un crimen horrible. Que la justicia ha procedido

con toda claridad al pronunciar su fallo; que la opinion publica señala á Gonzalo como único autor del asesinato; pero las circunstancias....

CORREGIDOR.—No hay una sólo que le favorezca.

¿Hay alguien que ponga en duda su crimen?

¿No existian añejos rencores entre él y el desdichado Torrenueva? ¿No salia huyendo del lado de su victima cuando yo detuve su paso?

¿No arranqué de su mano el puñal ensangrentado? ¿No se cubrió de espanto cuando le designé como perpetrador del crimen?

BACHILLER.—Confieso que todo eso es verdad.

CORREGIDOR.—Hasta la evidencia queda probado.

BACHILLER.—Y la actividad que en esta ocasion han desplegado los jueces, es digna de todo elogio.

CORREGIDOR.—Era preciso satisfacer la vindicta pública.

BACHILLER.—Quince días hace que se cometió el crimen, y antes de ayer se comunicó al reo su sentencia.

CORREGIDOR.—El hecho produjo honda sensacion en la córte.

BACHILLER.—Ya se vé; Torrenueva era muy conocido por sus riquezas, por su prodigalidad. Y como era rico.... es claro.

CORREGIDOR.—Y aún cuando hubiera sido pobre lo mismo habria acontecido.

BACHILLER.—En cuanto á eso....

CORREGIDOR.—¡Señor Bachiller!....

BACHILLER.—Perdone Vd. No ha sido mi intencion.... pero me duele tanto la desdicha de Gonzalo.... Hasta la declaracion de Estrella la gitana....

CORREGIDOR.—No olvide Vd. que ántes que esa declaracion, está la mia.

BACHILLER.—Muy digna.... y muy respetable. Pero ¿qué fuerza puede tener la de esa mujer? Al cabo es una perdida.... una aventurera....

CORREGIDOR.—Cierto. Ni era indispensable semejante declaracion.

BACHILLER.—Todo queda plenamente demostrado, es cierto. Pero yo estoy.... yo me encuentro....

CORREGIDOR.—¿Qué le pasa á Vd., hombre? Vamos á ver.

BACHILLER.—¿Quiere Vd. que le diga con franqueza lo que me pasa? Ya sabe usted que yo soy un *bulle bulle* que en todas partes me encuentro; que me he impuesto la obligacion de saberlo todo, y todo lo sé en efecto. Por que sé que sé, que no sé todo lo que debo saber. Y sabiendo, como Vd. sabe, que me gusta saberlo todo, necesito aún saber si tengo suficiente saber, para saber....

CORREGIDOR.—¡Basta de sabiduría!

BACHILLER.—Punto en boca.—La que me inspira en verdad vivo interés, es la pobre Isabel Tintero.

CORREGIDOR.—Pero.... amaba verdaderamente á Gonzalo?

BACHILLER.—¿Que si le amaba? Y le ama aún, y le amará eternamente.

CORREGIDOR.—No me explico en ella semejante amor.

BACHILLER.—Pues el hecho es que le ama. Toma, desolada ha corrido á Palacio á impetrar la real gracia, y su tia con ella. Su humilde y piadosa tia, la paloma blanca como la llama el pueblo.

CORREGIDOR.—No alcanzarán el perdón.

BACHILLER.—Nó, porque no les es dado llegar hasta los Reyes. Ni aun esa esperanza le queda al reo. La situacion en que SS. MM. se encuentran es en extremo aflictiva.

CORREGIDOR.—La enfermedad del príncipe D. Fernando se agrava cada vez más.

BACHILLER.—En Palacio temen por su vida. Pero á la voz de la santa Isabel Tintero, se ha despertado en todos la esperanza. «El Príncipe de Asturias vivirá,» exclamó llena de fé: mi Virgen de la Paloma vela por él.

CORREGIDOR.—Cuéntase que ha dicho algo parecido, pero no se fijan las palabras.

BACHILLER.—Yo sé que han sido esas.

CORREGIDOR.—¿Y por quién lo sabe Vd.?

BACHILLER.—Lo sé por un primo de un amigo del cuñado de un sobrino del padre de la mujer de un gentil-hombre que estaba presente.

CORREGIDOR.—Pues ya está Vd. bastante enterado.

BACHILLER.—¿Pues no he de estar? Así lo estuviera de igual modo respecto de este misterioso crimen.

CORREGIDOR.—Vuelta al mismo tema. ¡Cuidado que es Vd. insufrible!

BACHILLER.—Pues Gonzalo protesta que es inocente.

CORREGIDOR.—Procura defender su vida.

BACHILLER.—Tratándose de hombres como él....

CORREGIDOR.—Demos la cuestion por terminada, amigo mio.

(Al de la Paz y Caridad que entra precipitadamente).

ESCENA III.

Dichos y Hermano.

HERMANO.—Sr. Corregidor, se ha presentado una jóven cubierta con un velo, obstinada en hablar al reo. Trae licencia superior para entrar, y la agitacion en que se halla nos ha conmovido á todos.

CORREGIDOR.—Entre pues.

HERMANO.—Voy á anunciar ántes la visita á don Gonzalo.

(Desaparece trás de las cortinas).

ESCENA IV.

Corregidor y Bachiller.

CORREGIDOR.—Yo necesito inspeccionar la carrera. ¿Quiére Vd. acompañarme?

BACHILLER.—Preferiria escuchar la conversacion de esa jóven con Gonzalo; pero comprendo que no me lo permitirán. Iré con V. S. Así como así, á mí me gusta inspeccionarlo todo; con que inspeccionemos, amigo mio, inspeccionemos. (Se van).

(El hermano de la Paz y Caridad conduce del brazo á Gonzalo hasta dejarle cerca del proscenio).

GONZALO.—Corra Vd. Esperaba con impaciencia esa visita. ¡Dios mio! Esta es Isabel. ¡Desdichado de mí! Mi alma necesita su presencia, y teme su presencia.

(El hermano se retira).

ESCENA V.

Isabel.—Gonzalo.

ISABEL.—¡Gonzalo de mi alma!

(Precipitándose en los brazos de Gonzalo).

GONZALO.—Isabel! ¡amor mio! (Quedan abrazados.—Pausa). ¿Qué es esto, mi vida? Pésame que hasta ese extremo desmaye tu atribulado espíritu. Lloro, sí, lloro sobre mi amante seno. Recoja mi corazon ese precioso raudal de amor que brota de tus ojos; pero mira quién le recoje tambien (presentando el escapulario); recóbrate, alienta, alma mia. El puro y cristalino rocío que viertes viene á caer sobre terreno tan limpio y fértil, que nos aguarda fecunda cosecha de bienes.

ISABEL.—¡Ay de mí! Que siento que se me va la esperanza.

GONZALO.—Vamos, ¿qué es esto? Vamos; ¿adónde está la ardiente fé con que un dia supiste alentar mi pecho? ¿Qué se ha hecho de aquella sublime resignacion de que me diste ejemplo tantas veces? Tu sentimiento no debe confundirse con el de las almas vulgares.

ISABEL.—No me hables así, Gonzalo. No te esfuerces en aparentar tranquilidad, cuando el dolor despedaza tu alma.

GONZALO.—¡Mi dolor! ¿Qué importa mi dolor? Fuérame dado mitigar el que tú sientes, aun á costa de la esperanza que me alienta.

ISABEL.—¡No hay esperanza, Gonzalo; no hay esperanza!

GONZALO.—¡Isabel!

ISABEL.—¡Ay! Que más y más se desvanece, á medida que crece la angustiosa alarma que cunde en las habitaciones de Palacio.

GONZALO.—¿Has ido tú á Palacio?

ISABEL.—Sí; pero nuestra desdicha lo previno: razon grave y poderosa cerróme el paso á la cámara real.

GONZALO.—¿No has logrado ver á los Reyes?

ISABEL.—No se apartan un sólo instante del lecho de su hijo, enfermo de gravedad. ¡No ves que triste complicacion!

GONZALO.—¡Isabel de mi alma! *(Con arranque)*.

ISABEL.—¡Pero si no puede ser! ¡Si esto es horrible!

GONZALO.—Por nuestro amor te lo ruego, Isabel, cálmate, recóbrate.

ISABEL.—No, no, déjame: ¡déjame llorar! ¿Ves? Mi llanto abrasa! ¡Ay! Gonzalo, que en este llanto se va el último resto de mi esperanza.

GONZALO.—¡Por Dios, va á matarte el dolor!

ISABEL.—No es verdad; el dolor no mata. Yo aliento aún.

GONZALO.—Pues eso mismo quiere decir que aún debemos confiar. Y tú confías; ¡vaya si confías! Si así no fuera, ya te hubiera asesinado el dolor, y tú vives aún. Espera, bien mio, espera.

ISABEL.—Ayer esperaba aún; esta mañana misma aún esperaba.... Pero ahora.... en este momento horrible el tiempo avanza. Son las diez de la mañana.... y dentro de dos horas.... *(con un grito)* ¡Ay no, no quiero! Yo te defendo, yo creo en tu inocencia, yo la proclamo, yo merezco ser creida! ¿Por qué no me creen? ¿Por qué no me oyen tus jueces?

GONZALO.—¡Calla!

ISABEL.—¡No! ¡Yo quiero ver á tus jueces! Quiero hablarlos.

GONZALO.—Por tu amor....

ISABEL.—¡Déjame! no me detengas.

GONZALO.—¡Por Dios! ¡Por la Virgen!

ISABEL.—¡He dicho que me dejes! *(Fuera de sí)*.

GONZALO.—¡Por la Virgen, Isabel!

ISABEL.—He dicho que no; no debo, no puedo, no quiero. ¡Gonzalo mio, no quiero yo que tú mueras!

(Queda abismada cubierto el rostro con las manos. Breve pausa.)

GONZALO.—Isabel, he invocado un sagrado nombre; ¡el nombre de la Virgen! A mi vez digo yo ahora, que la resistencia que opones á mi ruego, te aleja de su proteccion divina.

ISABEL.—Alejados estamos de ella cuando no proclama tu inocencia. ¡Oh! Si permite que te con-

denen á sufrir una muerte afrentosa, dudaré no ya de su clemencia, sino de su justicia.

GONZALO.—Calla Isabel. El dolor trastorna tu juicio.

ISABEL.—¡Razon me sobra!

GONZALO.—No hay ninguna que disculpe tu rebel- dia. *(Con reconvenccion cariñosa)*. ¡Anda allá! Que valgo yo más que tú.

ISABEL.—¡Dios mio! ¡Dios de bondad!

GONZALO.—¿Desoi yo así tu voz cuando me exigiste que viviera separado de tí? En tu ruego amoroso ¿no encontró limite mi resistencia? ¿Crees tú que no costaba nada á mi alma aquella cruel separacion? Pues mira cómo te obedeci, mira cómo doblé mi rodilla ante el bendito nombre que invocabas!

ISABEL.—¡Piedad de mi!

GONZALO.—¿Y tú? ¿Qué haces en cambio tú?

ISABEL.—Gonzalo! *(Con embargada voz)*.

GONZALO.—¡Y aún no vuelves los suplicantes ojos hácia este santo escapulario! ¡Y aún no le tiendes tus brazos! ¡Anda, que ya no te quiero! ¡No mereces que te quiera!

ISABEL.—¡Ay de mi! ¡Me ahogo!

(Comienza la orquesta piano).

GONZALO.—¡Ven, dueño mio! ¡Alma de mi vida, ven! ¡Llora, desahóguese aquí tu pobre corazon!

ISABEL.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! *(Inclinando la cabeza sobre el pecho de Gonzalo y prorrumpiendo en llanto)*.

GONZALO.—¡Llora, amor mio, llora! ¡Une al mio tu llanto, y que estas ardientes lágrimas, libres de toda mancha, lleguen á alcanzar la bendicion del Sér divino!

ISABEL.—¡Qué fé tan sublime la tuya, Gonzalo mio! ¡Tú si que mereces ser amado, y yo.... yo te amo! ¡Te amo con toda mi alma!

GONZALO.—¡Sí! mi, vida! ¡Pobre amada mia! ¡Sí! ¡Ea! se acabó. Ya estás mas tranquila. ¿Verdad? ¿Ya alientas mejor, no es cierto? ¡Vamos! ¡Vamos!.... *(¡Dios mio! ¡Si permanece aquí, qué horror!)* *(El hermano se deja ver en el fondo)*. Aquí, amigo mio, aquí. ¿Te acompaña Sebastiana? ¡Vuelvete con ella.... Anda, vete.... espera!

ISABEL.—¡Apenas puedo sostenerme!

GONZALO.—Sebastiana te dará su apoyo.—Llame usted.... *(Al hermano)* que venga.

(Entra Sebastiana llamada por el hermano).

ISABEL.—¡Te veo por última vez!

GONZALO.—No. ¡Confía! ¡Espera!.... ¡Vamos! *(Sebastiana y el hermano conducen á Isabel segun indica Gonzalo)*. ¡Adios!

ISABEL.—¡Es el postrero, Gonzalo!

(En tono solemne presentándola el escapulario, que besa Isabel con recogimiento).

GONZALO.—No!!! Ven!!!! Besa!!!! Isabel, besa.
Ni una palabra más. ¡Vete!

ISABEL. (*Dejándose conducir*).—¡Piedad, Virgen mía!
¡Gonzalo!

GONZALO.—¡Adios!

ESCENA VI.

Gonzalo solo.

(*Dejándose caer sobre un asiento*).

¡Buen Dios! ¡Dios justo! ¡Dios elemental! ¡Comienza á vacilar mi fé; alientela tu bondad.

(*Cesa la orquesta*).

ESCENA VII.

Gonzalo, Bachiller, el hermano de la Paz y Caridad.

BACHILLER.—Mucho comienza á decaer su ánimo.

HERMANO.—Se acerca ya la hora.

BACHILLER.—¡Pobre Gonzalo! ¿Me permite Vd. que le hable? Quisiera despedirme..... ¡Gonzalo!

GONZALO. (*Serenándose de repente*).—Sr. Villadiego, ¿aún le hallo á usted en mi compañía? Lo estimo en el alma.

BACHILLER.—Sí; porque..... pues, yo..... (No sé que decirle). A los amigos se les debe visitar, ¿no es cierto? y yo soy amigo de Vd.

GONZALO.—Yo lo soy de usted.

BACHILLER.—Pues nada; yo venia..... vengo..... vengo á ofrecer.....

GONZALO.—Acepte Vd. la expresion de mi profundo agradecimiento.

BACHILLER.—Aceptado.

GONZALO.—Cuanto soy, cuanto valgo, todo se lo ofrezco.

BACHILLER.—Y yo lo acepto todo..... (Siempre que no me ofrezca tambien la casa).

GONZALO.—Pues yo estaba aquí meditando..... (*Al hermano*). Amigos míos, quisiera dirigir á ustedes una súplica.

HERMANO.—No dude Vd. que será atendida.

GONZALO.—Fácil les será á Vds. acceder á mi deseo. ¿Ustedes conocerán á una gitana que se llama Estrella?

BACHILLER.—Todo Madrid la conoce.

GONZALO.—Deseo hablarla. ¿Seria fácil hacerla venir?

HERMANO.—Se la buscará.

BACHILLER.—A fé que no es difícil encontrarla. Fija está como una estatua en la puerta de la cárcel.

HERMANO.—Yo mismo la conduciré hasta aquí. (*Se va*).

ESCENA VIII.

Gonzalo, Bachiller.

GONZALO. (*Ensimismado*).—Esa desventurada me inspira compasion. Y si en los impenetrables designios del cielo está escrito que he de morir hoy, no bajaré al sepulcro sin llenar en todo mi deber.

BACHILLER. (*Contemplando á Gonzalo separado de él*).

—¡Medita! ¿Si yo pudiera saber qué es lo que le preocupa en este instante? ¿Si pudiera sonsacarle con maña? No, respetemos su situacion. ¿Y para qué querrá ver á esa gitana? ¿Qué tendrán que hablar los dos? Eso sí que necesitaba yo saberlo. Pero querrán estar solos, es claro. ¡Egoistas! No hay medio de escuchar. ¡Y el caso es que para algo la llamo! Supongo que no será para que le diga la buena ventura y consultarla acerca de la muerte que le espera; porque eso.... ya se lo tiene él bien sabido. ¡Qué ahismado se encuentra! ¡Qué recogimiento tan cristiano el suyo! ¡Qué tranquilidad! ¡Qué resignacion!... ¡Pobre mozo! ¡Ya tiene brios el mozo! ¡Mucho valia este mozo! ¡Lástima de mozo! ¡Me gusta mucho este mozo!

ESCENA IX.

Dichos, Hermano y Estrella.

HERMANO.—D. Gonzalo.

GONZALO. (*Saliendo de su meditacion con un brusco movimiento*).—¿Quién?

HERMANO.—Aquí está la mujer á quien Vd. desea hablar.

GONZALO.—Que entre.

BACHILLER. (*Saliendo lentamente seguido del hermano, y contemplando á Estrella con detenimiento*). ¿Para qué querrá verla? Si yo pudiera saber.....

ESCENA X.

Gonzalo, Estrella.

(*Estrella permanece impassible en segundo término*).

GONZALO.—Acércate, Estrella. (*Estrella se aproxima juntamente con la vista fija en el suelo*). Dios te guarde. ¿Por qué bajas la vista al suelo? Levanta esos ojos. Mirame; serénate.

ESTRELLA. (*Fijando en Gonzalo una mirada tranquila*). Serena estoy.

GONZALO.—Voy á morir, Estrella.

ESTRELLA.—Yo tambien.

GONZALO.—¿Tú?

ESTRELLA.—Si, tambien yo. Cuando el clamor del pueblo me anuncie tu muerte, en aquel punto dejaré yo de existir.

GONZALO.—¿Y no te espanta la idea del terrible castigo que te aguarda en la vida eterna? Yo bajaré al sepulcro limpio de toda culpa, y tú no.

ESTRELLA.—Todos tenemos culpas de que acusarnos.

GONZALO.—Pero la tuya es de aquellas que no se redimen.

ESTRELLA.—La fatalidad lo quiso.

GONZALO.—Aún puedes desecharla de tí, desmintiendo la horrible acusacion que sobre mí arrojaste.

ESTRELLA.—Bien hecho está lo hecho.

GONZALO.—Pero..... ¿no te arrepientes?

ESTRELLA.—No. ¿Ni de qué me serviría mi arrepentimiento? Ya es tarde. Consta ya en el proceso mi declaracion.

GONZALO.—¿Pero tú conoces al verdadero criminal?

ESTRELLA.—Le conozco.

GONZALO.—Designale.

ESTRELLA.—¿Y de qué valdría mi dicho? Yo no puedo ya ser creída.

GONZALO.—¿Qué has hecho, desventurada? Pero dime al ménos que tu intencion, que tu deseo es designarle, declarar tu crimen, arrepentirte.....

ESTRELLA.—Jamás. Hecho está. No me arrepiento.

GONZALO.—¿Tanto te halaga la idea de mi muerte? ¿Tanto te complace mi agonía?

ESTRELLA. (Con desdenosa sonrisa).—No es eso, Gonzalo, no es eso. Tu alma, indiferente á mi dolor, no es capaz de comprender la mia. Duéleme en cierto modo tu muerte, me atormenta tu agonía: no en vano te amé, no en vano te amo aún á pesar mio. Pero con tu muerte queda vengado mi ultraje. Con tu muerte humillo la insultante altivez de tu amada. La fria muerte te aparta de mí; la mancha que á los ojos del mundo cae sobre tí, aparta de ella hasta la memoria de tu amor.

GONZALO.—¡Mujer infernal!

ESTRELLA.—Mujer al fin, Gonzalo. Mujer..... como todas.

GONZALO.—Mientes.

ESTRELLA.—Como todas..... No excluyo á tu Isabel.

GONZALO.—¡Oh! tú eres un sér sin fé y sin corazon. Ella un ángel lleno de amor y de pureza.

ESTRELLA.—Elógiala más aún. Arroja sobre mi alma ese conjunto de perfecciones que tanto te enamora. ¡Amala aún más! Por Dios que me place oírte hablar así, que ya comenzaba á adormecerse mi ciego rencor, y de nuevo se despierta á tus palabras.

GONZALO.—¡Infeliz! La maldad del infierno se apoderó de tí.

ESTRELLA. (Con sonrisa de triunfo).—Satanás me protege. A los ojos del mundo no es tu muerte la del justo. Si así murieras seguirías viviendo en la memoria de tu adorada Isabel. Pero al morir de la muerte que hoy mueres, legas un padron de infamia á mi odiosa rival, que sufrirá la ignominia de haber sido la amante de un asesino, y olvidará tu recuerdo, y amará á otro.... ¡A otro! ¿entiendes? ¡Oh! Fuérame dado volverte entonces á la vida para que probaras el horrible tormento de contemplarla en brazos ajenos.

GONZALO.—¡Calla! ¡Qué horror!

ESTRELLA. (Con júbilo).—Te extremece esa idea, ¿no es verdad? ¿Comienzas acaso á sentir celos? Dime, por tu vida, que sientes celos, y entonces si que me apiadaré de tí.

GONZALO. (Con furor).—¡Estrella! (Dos hermanos de la Paz y Caridad se dejan ver en la puerta de entrada). ¡Calla! No olvides el sitio en que nos hallamos. Nos observan. (Los hermanos desaparecen. Pausa.) Estrella, me traspasan el corazon tus crueles palabras.

ESTRELLA.—Poco deben importarte, cuando ni aún consiguen despertar tu furor.

GONZALO.—¡Mi furor! Distinto sentimiento es el que me inspiras.

ESTRELLA. (Con ironia).—Te inspiro lástima, ¿no es cierto?

GONZALO.—No.

ESTRELLA. (Con alegria).—¿Por ventura te inspiro odio?

GONZALO.—No, Estrella.

ESTRELLA. (Con desconsuelo).—Ya sé que te inspiro desprecio.

GONZALO.—¿Y por qué no amor?

ESTRELLA. (Mirándole frente á frente).—¡Gonzalo!

GONZALO.—Amor, Estrella, amor. Amor divino, grande..... sereno..... intenso!

ESTRELLA.—¿Pretendes acaso mofarte de mí?

GONZALO.—El solemne momento en que las pronuncio, garantiza la fé de mis palabras.

ESTRELLA.—No creo en ellas.

GONZALO.—Contempla el extremo á que me hallo reducido (Abarcando la estancia con la mirada. Melodía en la orquesta.)

ESTRELLA.—(¡Es verdad!)

GONZALO.—Voy á morir: séame dado llevar á la tumba un grato recuerdo de tí.

ESTRELLA.—No, Gonzalo, no cabe en tu pecho mi memoria.

GONZALO.—Por ella espero el perdon de mis culpas.

ESTRELLA.—¡Imposible! Mi memoria está maldita de Dios. (Estrella mira atentamente á Gonzalo.)

manifestando grato asombro al cariñoso acento con que éste la habla).

GONZALO.—Con mi muerte, queda purificada. Criatura arrojada al desierto del mundo, sin más guía que tu amor, ni más amparo que tu candida fé; pobre alma combatida por el recio huracán de las pasiones, yo no quiero morir sin arrancarte al mundanal torbellino en que te agitas perdida!

ESTRELLA.—Mi desdicha me llevó hasta él; en él me detiene la culpa.

GONZALO.—Por la mia lloras perdida tu cándida inocencia.

ESTRELLA.—¡Culpa inmensa la tuya, Gonzalo!

GONZALO.—Baste á merecer tu perdon, el arrepentimiento con que le imploro.

ESTRELLA.—¡Dios mio! ¿Qué es esto? Es la primera vez que me hablas de ese modo.

GONZALO.—No olvides que es tambien la última.

ESTRELLA.—¡La última, si! Habla. No dejes de hablar, tus palabras caen en mi alma abrasada como fresco rocío de primavera.

GONZALO.—¿Así me escuchas?

ESTRELLA.—Así, Gonzalo, así.

GONZALO. (*Con ternura.*)—Pobre niña enamorada, á quien el acaso arrojó á mi airada juventud! Mis seductores halagos cautivaron tu sencillo corazón. Tú pusiste en mí tu esperanza; y la dejé burlada. Tú buscaste mi presencia con insistencia amante; yo evité la tuya con desvío cruel; tú eres leal y firme; yo débil y falaz. Tú vales más que yo.

ESTRELLA.—¡Gonzalo! (*Con amor.*)

GONZALO.—Infinitamente más. ¿Por qué revestirte de mala, tú que tan buena eres? Yo reconozco y admiro la bondad de tu pecho; y en este instante supremo, ¡yo la invoco, Estrella, yo la invoco! ¿Me quieres aún más postrado? ¿Más humilde me quieres?

ESTRELLA.—¡Ay de mí! que no me es dado resistir el encanto de tus palabras. (*Con solemnidad.*) Yo te perdono, Gonzalo, yo te perdono.

GONZALO.—No es únicamente tu perdon lo que yo necesito. Lo que yo necesito es morir con el consuelo de ver fortalecido tu espíritu en la fé cristiana que alienta en tí; ver que se despierta tu alma á los elevados sentimientos de que es capaz; quiero que el recuerdo de tu bondad, baste á ganar mi salvacion eterna. Quiero, en fin, que no haya mujer alguna que te aventaje á tí en grandeza y virtud.

ESTRELLA.—¡Calla por Dios! ¡Me fascinas! ¡Me enloqueces! ¡Si eso fuera posible! ¡Si yo valiera á tus ojos tanto como tú deseas! ¡Oh! ¡Entonces si que moriría feliz!

GONZALO.—¿Morir? ¡No, Estrella; tú vivirás.... vivirás!

ESTRELLA.—¡Sin tí me es odiosa la vida!

(*Dan las diez en un reloj de torre.*)

GONZALO.—Las diez.

ESTRELLA.—¡La hora fatal! ¡Dios mio! ¡Vienen ya por tí!.... ¡Te llevan al suplicio!.... ¡Yo quiero salvar tu vida!.... ¡Yo designaré al verdadero criminal!

GONZALO.—Tú lo has dicho; ¡es tarde ya! ¿Ni qué fuerza ha de tener tu dicho ante tu acusacion primera?

ESTRELLA.—La desmentiré.

GONZALO.—Sólo conseguirás perderte. En declaraciones más importantes que la tuya se afirma el fallo de la justicia. ¡Fallo inapelable! Para contrarrestar el suyo, no hay más que un poder: ¡el de la justicia divina!

ESTRELLA.—¡No hay esperanza!

GONZALO.—Sí, Estrella; ¡yo la tengo! ¡conmigo vá! Oye: ¿ves que ha llegado el momento fatal? ¿ves tú que vienen por mí? Pues contempla mi semblante sereno. Pon la mano en mi pecho y verás qué sosegado late mi corazón. ¿Quieres saber dónde está mi esperanza?

ESTRELLA.—¿La tienes aún? Dámela á mi por tu vida; ¡mi alma la necesita! ¿Cuál es? ¿dónde está?

GONZALO. (*Presentándole el escapulario.*)—¡Mira!

ESTRELLA.—¿La imagen de la Virgen?

GONZALO.—¿Dicesme que falta la esperanza á tu pecho? Toma! Aliéntala desde ahora.

ESTRELLA. (*Tomando el escapulario.*)—¡Bendígate Dios! ¡Bendito seas por tanto bien!

GONZALO.—¿Deseas salvar mi vida? ¡Pidela! ¡Reza! ¡Rézala de hinojos! ¡Reza!

(*Estrella abarca con ambas manos el escapulario con profundo recogimiento, y cayendo de rodillas murmura pausadamente la Salve. Melodía en la orquesta.*)

ESTRELLA.—Dios te salve.... reina y madre....

(*Al mismo tiempo comienza dentro la Salve cantada.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Entran dos Curas, dos hermanos de la Paz y Caridad, dos Alguaciles, un Alcalde, el Corregidor y el Bachiller.

GONZALO. (*Con el brazo extendido sobre Estrella y siguiendo mentalmente su oración.*)—¡Reza!.... ¡Reza!....

(*Los curas se aproximan á Gonzalo, quien se vuelve hácia ellos y les besa la mano, cayendo de rodillas*

dando la espalda al público, mientras que por el muro va pasando detrás de un transparente la imagen de la Virgen. La melodía de la orquesta acompaña la Salve que siguen cantando dentro. La claridad que despiden la sombra de la Virgen ilumina el cuadro. Cae lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

EL MILAGRO.

Decoracion del acto primero.—Se supone que la horca está levantada en la plaza hacia la derecha.

ESCENA I.

D. Diego, D. Luis y D. Pablo forman un grupo á la derecha.—Manolos 1.º, 2.º y 3.º forman otro grupo á la izquierda.

D. DIEGO.—Desde aquí hemos de verlo mejor.

D. LUIS.—Temo que cuando llegue el reo no nos permitan estar en este sitio.

D. DIEGO.—¡Bah! ¿Pues de qué nos ha servido entonces llegar hasta aquí?

D. LUIS.—Ya abren las puertas del oratorio.

D. DIEGO.—Mientras que no nos digan nada, hagámonos los suecos. Si nos echan, entramos en la iglesia y desde el pórtico podemos ver.....

D. PABLO.—¡Oh! sí; es preciso ver al reo. He oído hablar tanto de su serenidad!

D. DIEGO.—A medida que se acerca la hora, la pierden los más fuertes.

D. LUIS.—¿Quién había de decirnos hace quince días..... cuando le vimos en las ferias, que hoy.....

D. DIEGO.—Era de presumir que ocurriese algo entre él y Torrenueva.

D. LUIS.—¡Cuidado que han concurrido circunstancias extrañas!

D. DIEGO.—En efecto. *(Continúan hablando en voz baja)*.

MANOLO 1.º.—Ya se han apoderado los caballeros del mejor sitio.

MANOLO 2.º.—Eso sucede siempre.

MANOLO 1.º.—Porque nosotros queremos.

MANOLO 2.º.—¡Calle! *(Llega el manolo 3.º por la derecha)*. ¡Ya está aquí Cayetano! ¿Cómo has logrado pasar?

MANOLO 2.º.—¡Toma! ¿Pues qué os habeis figurao, que yo soy un cualquiera? Soy cuñado de un alguacil que se mete por toas partes, y me mete á mi tambien siempre que quiere. Pero, ¿por qué han cerrao esta parte de la plaza al pueblo y han puesto centinelas junto al Humilladero?

MANOLO 1.º.—Porque dicen que el reo ha pedido reconciliarse delante del oratorio de Nuestra Señora de Gracia, y se lo han concedido.

MANOLO 2.º.—Han querido evitar la confusion.

MANOLO 3.º.—Di más bien que es para que el Corregidor pueda poner aquí á sus amigos. Pero cuando llegue el reo será ella. Hay en la plaza quien es capaz de dejarse matar por verle el pelo.

MANOLO 1.º.—Ya hace más de una hora que está formado el cuadro. Mirad, mirad cómo se arremolina la gente.

MANOLO 3.º.—Lo que es la calle de Toledo, por arriba y por abajo, está cuajáa.

MANOLO 2.º.—Hasta en los tejaos hay mirones.

MANOLO 1.º.—¡Cuidad que tardan!

MANOLO 3.º.—Pues cuando yo he venio, en toavía no habia bajao á la calle el reo.

MANOLO 1.º.—No hay más remedio que esperar. Afortunadamente hemos conseguido colocarnos en buen sitio. *(Suben en grupo hasta el fondo. Los caballeros continúan hablando)*.

D. DIEGO.—Lo más extraño es que la tia de su novia, Doña Isabel Tintero, tan buena como es, esté de parte de ese desventurado.

D. LUIS.—Vd. lo explica; es buena, y eso basta.

D. DIEGO.—Y que al fin y al cabo el reo estaba en relaciones con su sobrina; los dos se amaban: nadie ignoraba en el barrio que casi todas las noches salía ella á la reja á esperarle y hablaban como dos enamorados.

D. PABLO.—No es eso sólo; el crimen se cometió á la puerta de su casa, lo que ha podido muy bien comprometerla.

D. LUIS.—Pero es tanta la fama de su virtud, que la maledicencia no se ha atrevido á pronunciar su nombre. Al contrario, las gentes aseguran que el tal Gonzalo era un hipócrita, y cuantos quieren á esa jóven, que son todos los que la conocen, se alegran de que su novio arrojase á tiempo la máscara.

D. PABLO.—¡Los celos son atroces!

D. DIEGO.—Pobre muchacha.... ¡era un ángel!

D. PABLO.—¡Cómo estará la infeliz!

D. DIEGO.—Yo he pasado hace poco por delante de su casa y estaba eerrada la puerta. Esto nunca sucede, porque continuamente está lleno el portal de devotos de la Virgen de la Paloma.

D. LUIS.—Sí, pero hoy.....

(Continúan hablando en voz baja. Los manolos vuelven al proscenio y prosiguen en alta voz su conversacion).

MANOLO 1.º—Si me irás tú á decir ahora quién es el reo? Conozco toda su vida y milagros.

MANOLO 2.º—Pues echa por esa boca.

MANOLO 1.º—Apenas tiene historia el mozo! No ha sido este el primer gato que ha desollao.

MANOLO 3.º—¿No ha sido oficial del ejército?

MANOLO 1.º—Vaya! ¿Y á qué no sabeis por qué dejó el servicio?

MANOLOS.—¿Por qué?

MANOLO 1.º—Porque una noche, estando de guarnicion en Ceuta insultó á su capitán, y no contento con esto le disparó un pistoletazo á boca de jarro y despues se arrojó sobre él puñal en mano y le dió más de cien puñalás.

TODOS.—¡Ah!

MANOLO 1.º—Y luego huyó, y se pasó al moro.

TODOS.—¡Oh!

MANOLO 1.º—Y allí vivió cinco años cometiendo toda clase de excesos.

MANOLO 2.º—¡Pícaro!

MANOLO 1.º—Y luego volvió á España disfrazado bajo el nombre que lleva, y vivió cinco meses en despoblao, desplumando á todo bicho viviente, hasta que logró agenciar algunos maravedises y se vino á Madrid.

MANOLO 3.º—Vaya un nene!

MANOLO 1.º—Aquí —conoció á Torrenueva el indiano, que era muy rico.

MANOLO 2.º—Y generoso.

MANOLO 3.º—Sobre tóo sin fantasia; lo mismo nos largaba la mano, que á los duques y condes.

MANOLO 1.º—Era tóo un hombre. Pero el tal Gonzalito le echó la vista encima; como habia ferias se armó timba, se lo llevó á jugar, perdió lo que llevaba, y al salir, «la bolsa ó la vida,» le dijo, y le atravesó al mismo tiempo el corazon de una puñaláa.

MANOLO 2.º—¡Que atrocidad!

MANOLO 3.º—Bien ganó tié la horca.....

MANOLOS (Reparando en el Bachiller).—¿Quién será ese que viene tan de prisa?

(Los manolos observan al Bachiller; los caballeros salen á su encuentro. El Bachiller llega por el fondo).

D. DIEGO.—Ahí viene el Bachiller.

D. LUIS.—Él nos enterará.

D. PABLO.—¡Oh! sí, el lo sabe todo.....

ESCENA II

Dichos, Bachiller.

D. DIEGO.—¿Qué es lo que ocurre, amigo Bachiller?

BACHILLER.—¡Oh, señores! Vengo preocupado, admirado, espantado, consternado, afectado, traspasado de dolor.

TODOS.—(Rodeando al Bachiller).—Pues qué hay? ¿qué pasa?

BACHILLER.—Ante todo, la han visto Vds. por casualidad?

D. DIEGO.—¿A quién?

BACHILLER.—A Estrella.

D. DIEGO.—¿Estrella?

BACHILLER.—La gitana.....

D. DIEGO.—La gitana..... no recuerdo.

BACHILLER.—Es cierto... Vds. no saben..... tengo la cabeza trastornada..... ¿qué habrá sido de esa infeliz?

D. LUIS.—¿Y el reo?

BACHILLER.—Le he dejado disponiéndose á salir de la cárcel.

D. DIEGO.—¿Ha estado Vd. en la capilla?

BACHILLER.—Toda la mañana.

D. DIEGO.—¿Y es verdad que está sereno?

BACHILLER.—Mucho... su serenidad aterra... Cuando les digo á Vds. que hay momentos en los que me parece mentira que haya sido capaz.....

D. DIEGO.—Los celos son terribles.

D. LUIS.—Y luego, que su crimen está probado hasta la evidencia.

D. PABLO.—No cabe duda alguna de que Gonzalo asesinó al indiano.

BACHILLER.—Lo que es eso, distingo. Yo por mi creo que fué su matador, pero no su asesino.

D. PABLO.—¿Cómo se esplica Vd. eso?

BACHILLER.—Gonzalo era valiente..... provocaria á Torrenueva..... reñirian, y no es lo mismo matar en buena lucha.....

D. DIEGO.—No crea Vd. eso.

D. LUIS.—Qué disparate!..... En esos casos no se hace uso del puñal. ¿No es cierto, señores?

TODOS.—Es verdad.

D. DIEGO.—Lo que no quita para que sea digno de lástima.

BACHILLER.—Eso sí..... su conducta ejemplar en la prision, su evangélica resignacion en la capilla.... todo..... todo; pero ella, amigos míos, ella es más digna de piedad. Dios sabe si á estas horas...

D. DIEGO.—¿Alude Vd. á la gitana?

D. LUIS.—¿Pero qué tiene que ver con el reo?

BACHILLER.—No se acuerdan Vds. de aquella tarde de ferias en que aquí mismo precisamente les conté á Vds.....

D. DIEGO.—Sí.

BACHILLER.—Pues bien..... Estrella es aquella gitana que perseguia á Gonzalo.

D. DIEGO.—¡Ya!

BACHILLER.—Fué una de sus primeras aventuras amorosas, y está loca..... loca por él.

D. DIEGO.—Pero es una mujer perdida.....

D. LUIS.—Una aventurera.

BACHILLER.—¡Una gran mujer, amigos míos, una mujer sublime!

D. DIEGO.—¿Desde cuándo?

BACHILLER.—Desde hoy,

D. LUIS.—Eso tiene interés.

D. DIEGO.—¿Y cómo se ha convertido tan pronto?

BACHILLER.—A Gonzalo se debe su conversión..... él la ha regenerado.

D. DIEGO.—¡El diablo predicador!

BACHILLER.—¡Oh! no, él está verdaderamente arrepentido.

D. DIEGO.—¿Y de qué medios se ha valido?

BACHILLER.—Eso es lo que no sé. No me ha sido posible presenciar su entrevista.

D. DIEGO.—¿Qué, ha estado á verle en la capilla?

BACHILLER.—El lo pidió y se lo concedieron. Yo tuve que alejarme mientras los dos hablaron, pero despues..... despues he presenciado una escena conmovedora.

TODOS.—¿A ver?... á ver?...

BACHILLER.—Dieron las diez, la hora señalada para disponer al reo y vestirle la fatal mortaja. Penetraron en la capilla todas las personas que habian de formar el cortejo fúnebre. Yo busqué al Corregidor, mi buen amigo, para énter también á su lado, y con él penetré en la capilla. ¡Qué cuadro, amigos míos, qué cuadro! Estrella estaba arrodillada, profundamente abstraída, y rezando una oración á la Virgen..... De repente se incorporó, y lanzando una tierna mirada á Gonzalo, huyó precipitadamente.

«Esa infeliz se ha vuelto loca,» dijeron algunos de los circunstantes..... al oirlo, me propuse seguirla para auxiliarla, eché á correr, pregunté por ella y nadie me dió razon,

D. DIEGO.—¡Es singular!

D. LUIS.—¿Dónde iria?

BACHILLER.—Eso es lo que no sé..... lo que no sabe nadie, porque he corrido medio Madrid; no la he hallado y me temo que á pesar de su conversión, el exceso del dolor le haya impulsado á atentar á su vida. ¿Pero qué veo? ¿No es Estrella? *(Música.—Estrella cruza abismada de izquierda á derecha)*. ¡Oh, qué dicha, ella es! *(Se retiran para dejarla paso)*. Voy á hablarla; déjenme Vds. un instante. *(Todos se quedan en el fondo)*.

ESCENA III.

Dichos, Estrella.

BACHILLER.—¡Qué humildad! ¡Qué recogimiento!

ESTRELLA.—¡Virgen inmaculada! ¡Madre amorosa vierte sobre mi alma un rayo de tu luz divina que venga á inspirar mi pensamiento. *(Cesa la música)*.

BACHILLER.—¡Estrella! *(Estrella se detiene y le mira)*. ¿No me conoces?

ESTRELLA. *(Profundamente distraída)*.—Sí..... le he visto á Vd. no há mucho..... allí..... al lado de Gonzalo.

BACHILLER.—¡Infeliz!

ESTRELLA.—Le ha acompañado Vd. hasta el último momento, ¿no es cierto?

BACHILLER.—Cierto.

ESTRELLA. *(Tendiendo la mano al Bachiller, quien la estrecha en las suyas)*.—¡Gracias, gracias!

BACHILLER.—Pero y tú..... ¿dónde has ido? ¿por qué saliste precipitadamente? Yo fui detrás de tí para auxiliarte, porque todo me indicaba tu desesperacion.

ESTRELLA.—Es verdad..... sí..... hui de aquel sitio.... para..... salvarle.....

BACHILLER.—¿Tú?

ESTRELLA.—Yo..... sí..... yo que le he perdido, yo le salvaré..... ¿Cómo?..... no lo sé, porque..... una voz secreta habla en mi alma: «¿Quién eres tú, miserable criatura, me grita, para hacer que te escuehen? ¿No has sido tú su acusadora? ¿cómo puedes ahora defenderle? Si niegas tu declaracion, ó te rechazarán por loca, ó te aprisionarán por falsaria.»—Y aquí estoy. Pero si llega el fatal instante sin que logre hallar una prueba que apoye mi dicho, sin que venga un rayo de luz á iluminar mi mente, ¡oh! entonces..... entonces hablaré; me interpondré en las gradas del cadalso; allí elevaré á los cielos mi voz, y mi voz será atendida... ¿No es verdad que me creerán?

BACHILLER.—¡Pobrecilla! Ahora sí que estoy seguro de que ha perdido el juicio.

ESTRELLA.—¡Tampoco Vd. me escucha! ¡Nadie me oye..... nadie me cree!

BACHILLER.—¡Estrella!

ESTRELLA.—¡Nada escucho..... nada me detiene! Voy á invocar al único Juez que puede creerme, porque él lee en mi corazon.....

BACHILLER.—¡Infeliz!

ESTRELLA.—¡Le salvaré..... sí..... Dios mio! ¡Virgen mia, inspiradme!

Entra en Nuestra Señora de Gracia.

ESCENA IV.

Dichos, menos Estrella.

(Los caballeros rodean al Bachiller con curiosidad)

D. DIEGO.—¿Qué ha hablado Vd. con ella?

D. LUIS.—¿Cómo está?

D. PABLO.—¿Qué proyectos abriga? ¿Ha logrado usted saber?.....

BACHILLER.—Todo. Ya lo sé todo. Yo les contaré á ustedes. (*Murmullos á la izquierda*). ¿Qué es eso?..... ¿No ven Vds?....

CABALLERO 2.º.—¿Qué movimiento!

CABALLERO 3.º.—Es el Corregidor que llega.

BACHILLER.—¿El Corregidor?..... Voy á hablarle..... Vendrá de Palacio, y yo necesito saber.....

(*Los caballeros se retiran á un lado; El Bachiller sale al encuentro del Corregidor.*)

ESCENA V.

Dichos, Corregidor y Alguaciles.

BACHILLER.—Sr. Corregidor, le esperaba á Vd. con impaciencia.

CORREGIDOR.—Sólo he venido porque en casos como este es aquí indispensable mi presencia. ¡Llevo un día!

BACHILLER.—Lo creo. ¿Vd. viene ahora de Palacio?

CORREGIDOR.—Sí; allí he estado, y allí dejo las régas Cámaras convertidas en mansion de dolor. Si Dios no obra un milagro.....

BACHILLER.—Todo se debe esperar de su bondad suprema.

CORREGIDOR.—Es la única esperanza que alienta en Palacio.

BACHILLER.—¡Consoladora esperanza! La fé salva. A propósito; esto me hace recordar la fé de Estrella la gitana. ¡Se halla tan enamorada de Gonzalo! ¡El sentimiento que le causa la muerte de ese infeliz es tan intenso!.....

CORREGIDOR.—¡Oh! su castigo es justo, aunque no por eso deja de ser sensible.....

BACHILLER.—No en vano reconoce todo el mundo los buenos sentimientos de Vd.

CORREGIDOR.—A cualquiera le sucedería lo mismo..... No se trata de un hombre avezado al crimen, de uno de esos muchos miserables que yo conozco bien, porque es mi obligacion conocerlos. El crimen de Gonzalo ha sido á un mismo tiempo un crimen y una desgracia.

BACHILLER.—Si hubiese Vd. visto á Estrella..... Ahí ha entrado hace poco...

CORREGIDOR.—Esa pobre mujer me inspira compasion!

BACHILLER.—Aún abriga la esperanza de salvar á Gonzalo.

CORREGIDOR.—¡Pobre esperanza la suya!

(*Llega un alguacil precipitadamente.*)

ALGUACIL.—Señor Corregidor. (*Estrella sale del oratorio de Nuestra Señora de Gracia*). Señor Corregidor, el reo está en camino.

ESCENA VI.

Dichos, Estrella.

ESTRELLA.—¡El Corregidor! (*Abandona precipitadamente la iglesia y se acerca al Corregidor. El Bachiller y los caballeros se quedan observando en segundo término.*) ¿Dónde está el Corregidor? Yo quiero verle... Quiero hablarle.

CORREGIDOR.—¿Qué es esto?

ESTRELLA.—¡Ah! un momento de atencion, sólo un momento.

CORREGIDOR.—¿A qué vienes? ¿qué buscas?

ESTRELLA.—Busco el amparo de la autoridad. Trácame un fin digno y santo; para conseguir mi objeto necesito la proteccion de V. S.

CORREGIDOR.—¿Mi proteccion?

ESTRELLA.—Sí señor, y yo espero que V. S. no desoír á mi súplica. De ella depende el bien de muchas personas: la alta misien de V. S. es la de amparar y proteger al desvalido. V. S. es compasivo y generoso. Una pobre mujer desvalida invoca su bondad; y es tan hermoso hacer bien!

CORREGIDOR.—Cálmate, serénate. Sepa yo, en fin, qué es lo que pretendes.

ESTRELLA.—Fácil es acceder á mi pretension. Hay en Madrid un hombre conocido por Coleta. Ordene V. S. que se le busque. No es difícil encontrarle; nunca sale de estos alrededores; hace poco se hallaba en la taberna inmediata. Yo le he visto, allí debe estar. Yo necesito hablar con él en presencia de V. S.

CORREGIDOR.—¡Hablar con él...! ¿Y con qué intento?

ESTRELLA.—No puedo ahora satisfacer esa pregunta. Ni yo misma puedo darme cuenta en este instante de mi atrevido propósito. Necesito ántes serenarme, recoger mis ideas, asegurar mi objeto; pero juro por lo más sagrado que mi intento es digno y santo.

CORREGIDOR.—No es bastante; la autoridad no puede buscar á ese hombre sin causa terminante y plausible.

ESTRELLA.—Todo lo justifica el terrible momento en que presento mi demanda. Ante nosotros se eleva un cadalso. En él va á perecer un hombre: yo sé que ese hombre es inocente. (*Interrompiendo al Corregidor*). Sé á todo lo que me expongo con semejante declaracion. Por eso la retardé hasta el último instante. En contradiccion se halla con mi declaracion primera, inspirada por un error fatal. Para contrarrestar las pruebas claras y patentes que obran en poder de la justicia, no tengo otras pruebas que mi dicho. ¿Y qué vale mi dicho? Por eso no corrí aún á presentarle en debida forma, temerosa de que sobre no tener fuerza alguna en mis labios,

me hubiera visto por él detenida..... encerrada; y en estos solemnes momentos necesito verme libre, usar de toda mi actividad.

CORREGIDOR.—¿Qué misterio es este?

ESTRELLA.—Mi entrevista con ese hombre va á aclararle. Ruego á V. S. que no me interroge más. No hay que perder un momento. El tiempo avanza. En presencia de la autoridad me hallo. Yo me entrego desde ahora á su poder. Si mi conducta no le satisface, caiga sobre mí todo su rigor.

CORREGIDOR.—¡Hola! (Llamando. Acuden dos alguaciles. Les dá órdenes y desaparecen con rapidez. El Corregidor desaparece un momento tras ellos. Breve pausa. Estrella levanta al cielo los ojos con expresion de gracias, y volviendo despues la vista al oratorio, exclama).

ESTRELLA.—¡Virgen sagrada! Tú me has inspirado este pensamiento. Derrama sobre él tu infinito poder. (Los grupos que permanecen retirados en el fondo, contemplan á Estrella en profundo silencio).

BACHILLER. (A hurtadillas del Corregidor se acerca á Estrella en actitud y tono confidencial).—Oye, ¿no puedes decirme en confianza cuál es tu intento? Necesito saberlo.

ESTRELLA.—No.

BACHILLER.—Mira que necesito saberlo, que me hace mucha falta.....

ESTRELLA.—No..... (Pausa. El Bachiller se acerca á los grupos y comienza á cuchichear, guardando silencio á la llegada del Corregidor).

CORREGIDOR. (Volviendo de nuevo).—Desde este instante te hallas en poder de la autoridad. No olvides que pesa sobre tí toda la responsabilidad de la determinacion que, cediendo á tu ruego, acabo de tomar.

ESTRELLA.—Ya he dicho que responde mi persona. Me atrevo á esperar que hallaré á V. S. propicio á favorecer mi propósito hasta el último instante.

CORREGIDOR.—Bien ves que accedo á tu deseo. El hombre que esperas no tardará en llegar.

ESTRELLA.—La Providencia es quien guía sus pasos. Presencie V. S. la entrevista sin perder una palabra, sin dejar escapar nuestro gesto. Apenas dé principio nuestra conversacion, comprenderá V. S. á dónde va mi pensamiento. ¡Pero ni una palabra, por Dios! Oiga lo que oiga y vea lo que vea, permanezca V. S. impasible..... silencioso que nadie venga á interrumpirnos.

CORREGIDOR.—Bien está.

ESTRELLA.—Gracias..... señor, gracias.

(Los grupos, invitados por el Bachiller, se acercan al Corregidor, mirando á la izquierda).

¡Oh! va á venir..... ya le traen..... que no me vea á su llegada..... yo me presentaré. (Se confunde entre los grupos).

BACHILLER. (Al Corregidor).—¡Caso extraño! Falta ahora saber.....

CORREGIDOR.—¡Silencio!

ESCENA VII.

Los mismos, Coleta conducido por alguaciles.

COLETA. (Apareciendo visiblemente desconcertado, y pugnando por aparecer sereno).—¿Por qué se me conduce aquí? ¿Con qué derecho se me detiene?

CORREGIDOR.—Bien vé Vd. que se halla en presencia de la autoridad.

COLETA. (Avanzando hasta el centro de la escena).—Ya lo veo. Pero..... yo..... Sr. Corregidor..... yo vengo.....

CORREGIDOR.—Viene Vd. llamado por mi. Hay aquí una persona que desea hablar con Vd.

COLETA.—¿Una persona?..... ¿Quién?

(Estrella ha dado la vuelta por detrás de los grupos, y se presenta de pronto á Coleta, que retrocede sorprendido, dando espalda al oratorio).

ESTRELLA.—Yo.

COLETA.—¡Estrella!

ESTRELLA.—Yo, sí. (Mirándole fijamente y acercándose con lentitud).

COLETA.—¿Tú? (Reponiéndose gradualmente.) ¿Y por qué me buscas tú?..... ¿Qué me quieres?

ESTRELLA.—¿No lo adivinas?

COLETA.—(Espanciendo la vista en torno suyo, receloso, pero afectando serenidad). ¿Yo?..... Yo no.

ESTRELLA.—(Con acento firme y reposado). Quiero obligarte á confesar tu crimen. Quiero que digas que tú..... sólo tú, eres el asesino de Torrenueva.

CORREGIDOR.—(¿Qué esencho?)

BACHILLER.—¡Carambola!

COLETA. (Con súbita sorpresa, pero dominándose inmediatamente).—¡Yo! Que yo..... (¡Serenidad!)

(El Corregidor y Bachiller hacen un movimiento hácia Estrella).

ESTRELLA. (Conteniéndolos).—¡Silencio!

COLETA.—Sr. Corregidor, ¿puede permitir V. S. que esa mujer arroje sobre mí semejante calumnia?

CORREGIDOR.—En mi presencia ha sido hecha la acusacion. Quiero..... mando que Vd. la desmienta en mi presencia.

(Coleta logra recobrase completamente con un esfuerzo supremo. Estrella tiene la mirada empapada en él).

COLETA.—No extrañe V. S. mi sorpresa. Natural es que me haya sobrecogido tan inesperada acusación. Semejante dicho.... lanzado por esa mujer.... y tan de improviso, no tiene más que un objeto; objeto que fácilmente comprenderá V. S., si conoce la situación en que respecto del reo se halla esa mujer. Esa mujer está enamorada del reo.

ESTRELLA.—Sigue.... sigue.... defiéndete.... desmiénteme.... ya contaba yo con eso.

COLETA.—Pero.... Sr. Corregidor, esta mujer quiere perderme. La idea de esta mujer es la de salvar á su amante á toda costa, y sólo intenta hacerme víctima de su maldad. Nada conseguirá de mí, porque no hay nada que pruebe su malvada acusación; acusación que rechazo tranquilo, porque nada hay que altere al que como yo es inocente. Pero se deja comprender cuál es su intento. Su intento no es otro que el de fijar la atención de V. S. y la de los jueces sobre este caso, dispuesto de antemano por ella, con la esperanza de hacer suspender la ejecución y salvar á su amante.

ESTRELLA.—Sigue.... sigue.

COLETA.—No debiera continuar, porque me indigna hasta la defensa que me veo obligado á hacer. Pero el Sr. Corregidor lo ordena, y debo defenderme. ¿Trátase de complicarme en el crimen cometido en la persona del Sr. Torrenueva? Con una sólo palabra voy á confundir tan odiosa calumnia. Sabido es que el Sr. Torrenueva era mi protector, mi padrino. Yo le debía infinitos favores, y nunca se ha desmentido mi agradecimiento y adhesión á su persona. ¿Qué móvil pudo guiarme á cometer tan horrible crimen? ¿Cómo podía yo destruir una existencia que tan útil me era? ¿Cómo atentar á un hombre á quien tanto debía, de quien todo lo esperaba?

ESTRELLA.—Sigue.... ¿qué más? ¡Sigue!

COLETA.—Estoy seguro que lo último que me resta añadir dejará á V. S. completamente convencido de mi inocencia. Quince días hace que se cometió el crimen. Si la acusación que, inspirada por su amor, inventa esta mujer, fuera verdadera y leal, ¿por qué no la ha presentado á su tiempo ante los tribunales? ¿Por qué ha callado hasta este instante? No tengo más que decir.

(El Corregidor y el Bachiller dirigen á Estrella la mirada como interrogándola. Estrella los contiene con frase y ademán).

ESTRELLA.—(¡Ni una palabra! dejádmela á mí). Te defiendes muy bien, Coleta. Yo admiro tu serenidad. Pero no han de valerte tu aplomo y

sangre fría. Tú desmientes mi acusación, ¿no es cierto?

COLETA.—¡Es una infame impostura!

ESTRELLA.—Pero.... ten presente que no soy yo únicamente quien te acusa. Otra acusación además pesa sobre ti. Otros ojos contemplaron tu crimen.

COLETA. (Con un movimiento involuntario y rápido, y contenido inmediatamente).—Otros...? (El Corregidor y el Bachiller recogen el movimiento de Coleta).

ESTRELLA.—¿Recuerdas el sitio en donde se cometió el crimen? En aquel sitio se alza una casa que inspira respeto y veneración á todo Madrid. En esa casa residen las pruebas de tu crimen. En ella reside quien sorprendió tu acción. ¡La Virgen misma reside en ella!

(Comienza una melodía que crece á veces y á veces se extingue, muriendo el diálogo).

COLETA.—Qué....! (Desconcertado).

ESTRELLA. (Aprovechando el movimiento y acosándole más).—Tu acusador está allí.

COLETA.—Miente....! ¡Es un impostor!

ESTRELLA.—Segura estoy de que no pronunciarías esa palabra delante de él.

COLETA. (Con acento inseguro).—Sí! Sí!

ESTRELLA. (Poniendo en los ojos de Coleta el escapulario que lleva á prevención en la mano derecha).—Pues hélé aquí.... ¡en su presencia te hallas!

COLETA.—¿Qué es esto? (Dejándose dominar insensiblemente por la atracción de Estrella).

ESTRELLA.—Dile que miente.... Llámale impostor si te atreves.

COLETA. (Con ademán y acento supersticioso).—¡La Virgen!

ESTRELLA.—¡La Virgen! Sí. Tu acusadora, tu inflexible acusadora. (Acercando aun más el escapulario á los ojos de Coleta).

COLETA.—Quita....! Aparta!

ESTRELLA.—Qué te turba? Qué te extremece?

COLETA. (Con voz alterada y suplicante).—Sr. Corregidor....

CORREGIDOR.—Quieto! (Identificándose con el pensamiento de Estrella).

ESTRELLA.—Lo oyes?... Quieto! ¡Nada tienes que temer! ¡Mírala atento! Contéplala tranquilo.

COLETA.—(¡Mi vista se desvanece! No puedo.

ESTRELLA. (Estrechándole).—Mira, mira.... El Corregidor lo ordena.

COLETA.—Se me persigue.... se me obliga....

ESTRELLA.—¿Qué te importa si eres inocente? (Oyes dentro la campanilla que anuncia la llegada del reo). Oyes? se acerca la fatal comitiva: condu-

cen á un hombre al suplicio....y ese hombre es inocente.

VOZ DENTRO.—¡Por el alma del reo á quien van á ajusticiar!

COLETA.—Déjame... me ahogas. (Con acento desfallecido).

ESTRELLA.—Ese hombre va á morir.... ¡Y tambien eres su asesino!

COLETA.—Quita...! (Vacilante). Yo...!

(Oyese el órgano de Nuestra Señora de Gracia que se confunde con la orquesta).

ESTRELLA.—Nó! Inmóvil! ¡Fija la vista! El Corregidor te lo manda. ¿Y sabes por qué? Porque la Virgen lo vé todo, todo lo sabe, y ha revelado tu crimen; por eso te han conducido aquí, por eso te hallas en su presencia, y.... quieto! dice el Corregidor.... ¡Confiesa, añado yo! Asesino, exclama la Virgen!

COLETA.—La Virgen! Virgen mia! (Aburrido por Estrella y en completa fascinación).

ESTRELLA.—Ruégala! Suplicala! Arrepíentete! Confiesa! Salva tu alma!

COLETA. (Cayendo jadeante ante el escapulario).— ¡Perdon, Virgen mia, perdon!

CORREGIDOR. (Que ha seguido con viva ansiedad todos los movimientos de Coleta).—Desventurado!

ESTRELLA. (Dejando caer los brazos llena de fatiga).— ¿Le habeis oído?... Perdon! Pide perdon!

CORREGIDOR. (A los alguaciles).—Asegurad á ese hombre. El reo es inocente.

ESTRELLA. (Retrocediendo con pasos vacilantes, como próxima á caer desfallecida).—¡Si.... si.... es inocente.... le salvé....! Gracias Virgen sagrada, gracias! (En este momento aparece Gonzalo en medio de dos curas que le auxilian, vistiendo la hopa negra).

ESTRELLA. (Descubriendo á Gonzalo y con gritos de expansion).—¡Gonzalo, Gonzalo mió!

(Cae sin sentido á los piés de Gonzalo, y los dos curas se inclinan á recogerla. Los alguaciles se llevan á Coleta á una órden del Corregidor. Los circunstantes se hallan inundados de sorpresa. Fuerte en la orquesta. Cae pausadamente el telon).

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

LA VIRGEN DE LA PALOMA.

Decoracion del acto segundo.—En las paredes del portal hay colgaduras, y el altar de la Virgen está iluminado y adornado con ramos y ex-votos.

ESCENA I.

Bachiller, D. Diego, D. Luis y D. Pablo llegan por la derecha y se acercan al portal.

BACHILLER.—Aquí está la casa, y en el portal tienen Vds. la imagen milagrosa.

D. DIEGO.—Están colgadas las paredes.

D. LUIS.—Yo lo creo, como que hoy es el dia de la funcion solemne.

BACHILLER.—Ya nos enteraremos de todos los detalles. ¿Pero no ven Vds. cuantas ofrendas....? apenas caben en las paredes los ex-votos.

D. DIEGO.—¡Qué devocion inspira Nuestra Señora de la Paloma!

BACHILLER.—¡Es asombrosa! Sobre todo desde que por su intercesion se puso en claro la inocencia de Gonzalo. ¡Oh! ¡Qué momentos aquellos! cuando avanzaba Gonzalo hácia el cadalso y el asesino y la gitana estaban en la puerta de Nuestra Señora de Gracia.

D. DIEGO.—¡Ah! sí; no lo olvidará nunca el pueblo de Madrid.

BACHILLER.—El milagro no pudo ser más patente; así es que cuando Gonzalo, Estrella y los de la comitiva entraron en el templo, el pueblo todo, poseido de un inmenso fervor, quiso seguirlos y fué preciso que el piquete se colocara delante de la puerta.

D. DIEGO.—Y eso que muchos fueron con el Corregidor, que se llevó á Coleta á la cárcel de córte.

BACHILLER.—Es verdad. ¡Cómo se quedó!

D. DIEGO.—Más blanco que la cera.

BACHILLER.—No era para ménos el caso: verse convertido en un hombre de bien, cuando toda su vida habia sido un malvado.

D. LUIS.—¡Lástima daba verle!

BACHILLER.—Pero estaba contrito y tambien le alcanzó la misericordia de la Virgen.

D. DIEGO.—He oido varias versiones acerca de ese punto.

BACHILLER.—La verdadera es esta. El Principe de Asturias estaba en la agonía. Ya no habia remedio humano que le librase de la muerte. Lle-

ga en esto á noticia de la Reina que hay en la calle de la Paloma una imagen milagrosa; llama á Isabel Tintero, la oye con atencion primero, con fé despues, é invocando el nombre de la Virgen, exclama: «Madre y Señora, son palabras textuales, tú que eres Reina de los Angeles y amparo de los desgraciados, apiádate de mi y de mi pueblo; devuelve la salud á mi adorado hijo y fe ofrezco su vida»
 D. DIEGO.—¡Sublimis palabras!

BACHILLER.—La escena pasaba cerca del lecho del Principe; la Reina estaba arrodillada á la cabecera, los que la acompañaban se postraron tambien; y en medio del silencio que reinaba se oyó una voceita.... «madre, madre,» dijo el Principe. La Reina fijó en él sus ojos, y vió los suyos, apagados ántes, vivos y animados; sus megillas empezaban á colorearse.

D. DIEGO.—Qué alegría para el corazon de una madre....

D. LUIS.—Y para todos.

BACHILLER.—La crisis habia pasado y la vida conquistaba sus derechos. ¡Ah! es imposible describir el alborozo que hubo en Palario. «La Virgen de la Paloma, la Virgen de la Paloma le ha salvado, decia la Reina. Yo quiero ir hasta su humilde vivienda á darle gracias.» En esto no faltó quien contara á los Reyes el milagro que habia hecho con Gonzalo, la conversion de Estrella, la confesion del asesino.

D. DIEGO.—¿Y le perdonó entonces?

BACHILLER.—«Cuando España se alegra no debe haber cadalsos en sus plazas,» dijo la Reina, y conmutó la pena de Coleta; y la nueva de la mejoría del Principe cundió, y hubo iluminaciones.

D. DIEGO.—Y comparsas por las calles.

D. LUIS.—Y racion doble á los pobres en la sopa de los conventos.

D. PABLO.—Y repique de campanas.

BACHILLER.—¡Pues! alegría general. El Principe se curó por completo, y hoy es el dia señalado por los Reyes para venir á visitar á la Virgen, y presentarle á su adorado hijo. Pero yo necesito saber qué clase de funcion se prepara.

D. DIEGO.—Y algunos pormenores de Gonzalo, de Estrella.

D. LUIS.—De Isabel.

D. PABLO.—Para eso hemos venido.

BACHILLER.—Y lo sabremos todo. Hay en la casa una antigua criada que charla por los codos: los dos hemos nacido para comprendernos, y por ella sabré....

(Sebastiana aparece en el portal).

D. DIEGO.—Hay gente en el portal.

BACHILLER.—Es la que busco.... Déjenme Vds. dos minutos con ella, y prometo despues contarles grandes cosas.... (Los caballeros se retiran formando un grupo en el fondo. El Bachiller llama á Sebastiana).
 Chist! Sebastiana! Sebastiana!

ESCENA II.

Dichos, Sebastiana.

SEBASTIANA.—Vd. por acá, mi Sr. Bachiller.

BACHILLER.—¡En persona! ¿Cómo siguen las señoras?

SEBASTIANA.—Bien.

BACHILLER.—Supongo que su ama de Vd., Doña Isabel, estará muy contenta.

SEBASTIANA.—¡Como unas pascuas! Ya se vé. No es para ménos el caso. Despues de lo que ha sucedido....

BACHILLER.—(Ahora voy á saberlo todo.)

SEBASTIANA.—¿Cómo podia ella imaginar....?

BACHILLER.—Pero ¿qué le ha pasado?

SEBASTIANA.—Que la llamó á Palacio S. M. la Reina.

BACHILLER.—Eso ya lo sé.

SEBASTIANA.—Pero lo que le dijo S. M....

BACHILLER.—¿Le ofreceria su proteccion? (Yo haré que desembuche).

SEBASTIANA.—Más aún.

BACHILLER.—Más....? ¿pues qué ha sido?

SEBASTIANA.—Tomal yo no lo sé....

BACHILLER.—(¡Pues estoy aviado!) ¿Y D. Gonzalo?

SEBASTIANA.—Bien.

BACHILLER.—(¡Qué laconismo!) Pero, ¿no viene por aquí? ¿No se casa con la señorita Isabel? Su tia, ¿no apadrina la union?...

SEBASTIANA.—Sobre eso hay mucho que decir.

BACHILLER.—¿Mucho, eh....? ¿no es verdad? (¡Esta es la mia!)

SEBASTIANA.—En primer lugar, D. Gonzalo adora á mi señorita.

BACHILLER.—Eso ya lo sé.

SEBASTIANA.—Y lo que es mi señorita....

BACHILLER.—Le quiere; tambien lo sé.

SEBASTIANA.—Más que á las niñas de sus ojos; pero....

BACHILLER.—¿Hay obstáculos?

SEBASTIANA.—¡Y gordos!

BACHILLER.—¿La tia de Doña Isabel?

SEBASTIANA.—Le quiere mucho.

BACHILLER.—¿A Gonzalo?

SEBASTIANA.—Como que fué á verle, y estuvieron hablando mucho tiempo.

BACHILLER.—¿Y qué hablaron, qué hablaron?

SEBASTIANA.—Hablaron.... ¿Qué se yo lo que hablaron?

BACHILLER.—Voto vá!... Pero al llegar á casa?...

SEBASTIANA.—¡Por supuesto! Al volver la señora, llamó á la señorita y se encerró con ella.

BACHILLER.—Pero Vd., que es muy lista, se acercaría á la puerta, y por el ojo de la cerradura...

SEBASTIANA.—¡Picaruelo!

BACHILLER.—¿Qué oyó Vd., qué oyó Vd.?

SEBASTIANA.—Oí... oí el murmullo de su conversacion.... Pero como la señora estaba muy contenta: ¡tate! me dije, eso quiere decir que aprueba la boda.

BACHILLER.—De modo que....

SEBASTIANA.—Aunque es beata y muy devota, no quite lo cortés á lo valiente. Se puede amar á Dios....

BACHILLER.—Y al prójimo, ¿no es eso?

SEBASTIANA.—Ya se vé. Y si nó, ahí está aquello de.... *crece te y multiplicate*, que dijo el otro.

BACHILLER.—(¡Vamos, es cosa de desesperarse!) Con que....

SEBASTIANA.—De la señora nada he sacado en limpio.... pero la señorita Isabel.... lo que es esa....

BACHILLER.—¡Ajá! Ha logrado Vd. saber....

SEBASTIANA.—Nada absolutamente.... Pero desde que habló con la señora, se pasa el día suspirando, está triste, y esto quiere decir....

BACHILLER.—Sí. (Quiere decir que no he logrado saber nada....)

SEBASTIANA.—¡Pero qué veo! Ya han empezado á poner colgaduras en la calle de Calatrava, y aún no he bajado los almohadones para los reyes.... voy.... voy.... Adios, Sr. Bachiller.... (Va á entrar en el portal, y se detiene mirando hácia la izquierda).

BACHILLER.—¡He quedado lucido!
(Los caballeros le rodean).

D. DIEGO.—¿Ha averiguado Vd.?

BACHILLER.—¡Mucho.... grandes noticias!

D. LUIS.—¡Cuente Vd., cuente Vd.!

BACHILLER.—(¡Aquí de mi invencion!) Vamos, por el camino diré á Vds. (Se van por la derecha).

SEBASTIANA.—Sí.... no hay duda, él es.... mi señor D. Gonzalo: ¡y mi señorita que no le ve hace ya diez días! Voy á avisarla. La señora está en Palacio y no puede subir, pero bajará ella.... Voy, voy.... (Entra por el portal. Melodía en la orquesta).

ESCENA III.

Gonzalo llega lentamente por la derecha y se detiene delante del portal.

GONZALO.—¡Aquí fué.... sí.... en este mismo sitio!

¡Aún me horroriza el recuerdo! Oh! no quiero pensar: sólo quiero vivir para consagrar mi

vida á la adoracion de mi protectora. ¡Ah! gracias, Virgen santísima, gracias. Por tu piedad vivo aún, y puedo erguir la frente sin que la empañe mancha alguna. (Cesa la melodía).

ESCENA IV.

Gonzalo, Isabel.—Esta aparece en la puerta.

ISABEL.—Gonzalo!

GONZALO.—Isabel.... bien mio ¡Oh! qué dichoso soy en este instante! Nos separamos al borde de mi tumba: ya no esperaba volver á verte en esta vida. ¿Lloras? ¿Por qué, bien mio, por qué? No comprendo tus lágrimas, si no son de alegría, de gratitud!

ISABEL.—Gonzalo!

GONZALO.—Por ventura, ¿no bendices tu suerte, como yo la mía? Ignoras que la santa mujer que te tiene á su lado como una madre á un hijo, ha ido á verme, me ha hablado y me ha dicho: «Yo bendigo tu amor; á él debes el piadoso sentimiento que te ha guiado en la adversidad; á él debes la santa fé que has trasmitido; á él la intercesion de mi adorada Virgen: yo vengo en cambio á pedirte que labres la felicidad de mi pobre Isabel, que te ama.» ¿Lo ignoras?

ISABEL.—No.... Gonzalo.

GONZALO.—¿Y tanta dicha te entristece?

ISABEL.—¡Para ser felices, Gonzalo, necesitaríamos ser egoistas, olvidar.... y eso no es posible!

GONZALO.—¡Olvidar!

ISABEL.—Gonzalo, óyeme: ¡tu me has ocultado un secreto! Estrella te ha amado.... te ama.... y convertida á la fé, trocada en ángel puro, es hoy mi hermana.... mi hermana de corazón. Ella fué el instrumento elegido por la piedad divina para salvarte.... á ella debes la vida.... tu vida es suya.... y.... no puedo robársela. Si ella no es venturosa, no debo serlo yo.

GONZALO.—¡Isabel!

ISABEL.—¡Calla! Calla si vas á formular una razon siquiera para disuadirme.

GONZALO.—¡Oh! ¡Isabel! A ella que ha nacido á la fé bajo el influjo de mis palabras, inspiradas por quien todo lo puede, á ella que arrojando en mi presencia las miserables vestiduras del vicio, se cubrió con la pureza de los ángeles, la amo.... como á una hermana.... sí, como á una hermana, y á ti Isabel, á tí!...

ISABEL.—Tambien ella es digna de ser amada, de ser feliz. ¡Su fé es inmensa! Desde que te arrancó de los brazos de la muerte.... sólo una vez la he visto. Las monjas de Nuestra Señora de Gracia que vieron su fervor religioso, le ofrecieron un asilo en su convento, y allí vi-

ve, allí está, allí he ido yo á confundir mis oraciones con las suyas.

GONZALO.—¿Tú has ido?

ISABEL.—Sí..... ¡la he estrechado en mis brazos y al estrecharla, juré Gonzalo (*Melodía en la orquesta.*) no ser feliz hasta que ella lo fuera.

GONZALO.—¡Ah!

ISABEL.—Yo sé que te ama..... ¿Quién más digna que ella de ser amada.

(*Estrella, enlutada, aparece por la izquierda, se detiene, y á su tiempo se coloca entre los dos.*)

ESCENA V.

Dichos, Estrella.

ESTRELLA.—¡Tú, Isabel, tú!

GONZALO. } ¡Estrella!

ISABEL. }

ESTRELLA.—Sí, hermanos míos..... dejadme que os dé ese dulce nombre..... Bien sabe Dios que mis deseos se han colmado al veros juntos. Antes de apartarme para siempre del mundo, anhela encontraros, daros mi último adiós. (*Cesa la música.*)

ISABEL. (*Con cariño.*)—¡Hermana mía!

ESTRELLA.—¡Oh! que placer tan grande experimento..... Sí..... sí..... veros aquí cuando por culpa mía, tú Gonzalo ibas á perecer en un cadalso..... y tú Isabel á vivir condenada á eterno luto..... Entonces la sólo idea de vuestro amor me atormentaba..... Sufria..... ¡oh! ¡cómo sufría!

GONZALO. } ¡Estrella!

ISABEL. }

ESTRELLA.—Pero ahora..... ahora gozo. Un bálsamo dulcísimo inunda mi alma; hoy no os envidio, os amo. Hoy pido á Dios vuestra felicidad, porque soy tan feliz como vosotros.

GONZALO.—¿Qué dices?

ESTRELLA.—¡Ah! Gonzalo..... yo estaba ciega..... Dios me había dado un corazón y yo le había perdido. Tú inundaste mi alma de un resplandor sublime, tú me despertaste del profundo sueño en que yacía, y al renacer mi corazón comprendí una ventura mayor, mucho mayor que la de ser amada..... Si, Isabel, una ventura que no la cambiaría por todas las del mundo, y voy á realizarla.

ISABEL.—¿Qué intentas?

ESTRELLA.—Bendecir vuestro amor, saber que sois dichosos, y satisfecha, consagrar toda mi vida á la oración en la clausura.

ISABEL.—¡Hermana mía!

ESTRELLA.—Sí, Isabel..... Dios ha querido que tú seas su esposa.

ISABEL.—El te debe la vida.

ESTRELLA.—Yo le debo la fé, que vale más..... y la fé..... tú se la has inspirado. Creedme, hermanos míos, por grande que sea vuestra felicidad, no será nunca tan inmensa como la que me otorga la piedad divina, porque es la vuestra y la mía á la vez la que llena mi alma. Se la debo á la Virgen, y cuando me la da es porque bendice vuestro amor. Yo también le bendigo.

ISABEL.—Estrella..... tú nos ocultas tus sentimientos.

ESTRELLA.—¡Oh! no. Toma mi mano. (*Se la da.*) ¿Lo ves? Está tranquila. No es el amor humano el que late en mis venas..... es el amor divino..... grande, sereno, intenso! (*Poseída de una idea súbita enlaza la mano de Isabel con la de Gonzalo.*) ¡Ah! ven..... ven..... y tú, Gonzalo: yo misma quiero uniros.

GONZALO. } ¡Estrella!

ISABEL. }

ESTRELLA.—(*Con solemnidad.—Música.*) Sí, os bendigo con todo mi corazón. ¡Respetad la voluntad de la Providencia!

ISABEL.—¡Hermana mía!

ESTRELLA.—¡Ven á mis brazos! (*Se abrazan.*) Y tú, Gonzalo..... toma. (*Le da el escapulario de la Virgen que lleva al cuello.*) Esta prenda de paz y de ventura debe volver á tus manos; á ella debes tu salvación.

GONZALO.—¡El escapulario de la Virgen! (*Lo besa con fervor.*) ¡A ti, Isabel..... á ti! (*Se lo da.*)

ESTRELLA.—Ella ha regenerado mi alma..... Cuando las desventuras del mundo os entristezcan, contempladla. ¡Es el único consuelo de los desgraciados!

GONZALO.—¿Y tú?

ESTRELLA.—¡Yo!..... Tengo su imagen en mi corazón. Conservadla vosotros como un recuerdo de mi ventura, y..... adios.....

GONZALO. } ¿Nos dejas?

ISABEL. }

ESTRELLA.—Sí, me espera el claustro. ¡Llorais! ¿Por qué? ¡Ah! despedidme con alegría.

ISABEL.—¿Y cómo ser dichosos si tú nos abandonas?

ESTRELLA.—No; mi recuerdo vivirá en vuestro pecho eternamente..... como el vuestro en el mío. Yo pediré á la Virgen en mis oraciones que os guie al bien, que os colme de felicidad. (*Estrecha con efusión la mano de los dos.*)

GONZALO. } ¡Estrella!

ISABEL. }

ESTRELLA.—Adios.....

ISABEL.—(*Queriendo acompañarla.*) ¡Oh! no.....

ESTRELLA.—Quedaos. Yo os lo pido..... ¡Yo os lo ruego!

GONZALO.—Adios..... (Quedan Isabel y Gonzalo abismados).

ESTRELLA. (Se acerca al portal, se arrodilla y exclama)—Gracias, madre mía, gracias. ¡Tu bondad es infinita! (Se levanta, se va por la izquierda, y la melodía se extingue).

ESCENA VI.

Isabel.—Gonzalo.

GONZALO.—¡Isabel!

ISABEL.—¡Gonzalo!

GONZALO.—Dios lo ha querido..... ella ha sido el intérprete de su voluntad.

ISABEL.—Ella es un ángel.

GONZALO.—¡Nuestro ángel de la guarda!

ISABEL.—¡Oh! ¡Gonzalo! ¡Esperemos..... esperemos!

ESCENA VII.

Dichos y el Bachiller, que llega precipitadamente. Al mismo tiempo van llegando personas del pueblo, que forman grupos en el fondo.

BACHILLER.—¡Oh! ¡Agradable sorpresa! Gonzalo..... Señorita..... ¡Cuánto celebro ver á Vds.! La régia comitiva se acerca; un gentil-hombre la precede; pero yo me he adelantado, porque tengo que dar á Vds. gratas nuevas.

GONZALO.—¡Usted!

BACHILLER.—Sí; hoy no se habla en Madrid de otra cosa. Los reyes han resuelto que se construya con el producto de las limosnas, para que sea obra de la piedad, una capilla para la Virgen de la Paloma, y se ha de construir en el corral donde fué hallada.... ahí al lado; una capilla que aunque modesta, será visitada por todo Madrid, porque la Virgen de la Paloma es su patrona, su bienhechora, el consuelo de sus aflicciones, su único bien!

ISABEL..... } (Que escuchan con interés.)—¡Oh, sí!

GONZALO. } (Que escuchan con interés.)—¡Oh, sí!

BACHILLER.—Han ofrecido regalar á la Virgen el traje que lleva hoy el Príncipe de Asturias; han dispuesto que noche y día ardan delante de la Virgen dos lámparas de plata.

GONZALO.—¡Esto más?

BACHILLER.—Han nombrado á la santa, á la piadosa, á la venerable Isabel Tintero, su tía de usted, administradora perpétua de la capilla..... y por último..... pero aquí llega el gentil-hombre. (Va á su encuentro.) Venga Vd..... este es Gonzalo.

ESCENA VIII.

Dichos, un gentil-hombre con un paje.

GENTIL-HOMBRE (A Gonzalo).—SS. MM., que Dios guarde, me envían para entregar á Vd. este pliego.

GONZALO. (Después de leerlo).—¡Isabel..... Isabel!

BACHILLER.—¿Qué será? (Se acerca á Isabel y á Gonzalo para enterarse; pero no lo consigue).

GONZALO.—Los monarcas han sabido nuestro amor, y desean honrarnos siendo padrinos de nuestra boda. ¿Dudas aún?

ISABEL.—¡Oh! no; la Providencia lo ha dispuesto. Respetemos su voluntad. (Gonzalo habla en voz baja al gentil-hombre).

BACHILLER.—No, pues yo he de saber..... (Se acerca á Gonzalo y al gentil-hombre).

ESCENA IX.

Dichos, Sebastiana.

SEBASTIANA.—Señorita..... señorita.....

(Al oírlo, acuden á ella Gonzalo é Isabel).

BACHILLER. (Amoscado).—Más á tiempo..... Pues señor, hoy no estoy de vena.

SEBASTIANA. (Que ha empezado á hablar en voz baja, continúa).—Los Reyes llegan, y repican en San Andrés..... (Se oye lejos una marcha y empiezan á llegar gentes de todas condiciones, y chiquillos corriendo que van y vienen.—Melodía en la orquesta.) y la procesion avanza.... (Se oye lejos el órgano.) y hasta se oye desde aquí el órgano de Nuestra Señora de Gracia. Las monjas toman parte en la funcion y rezan.

ISABEL (A Gonzalo).—Allí está Estrella.

GONZALO.—Ella nos ha bendecido.

VOCES DENTRO.—¡Viva la Virgen de la Paloma! ¡Vivan los Reyes! ¡Viva el Príncipe de Asturias!

(Gonzalo é Isabel quedan en primer término; la procesion, compuesta de alguaciles, maceros, alcaldes de corte, curas, caballeros, señoras, pajes y pueblo, va pasando en dos filas, con direccion al portal. La marcha continúa en la orquesta armonizada con el órgano).

ISABEL.—¡Gonzalo, demos gracias á la Virgen!

(La orquesta toca piano, y mientras tanto pasa la procesion y recita Gonzalo la Salve.)

GONZALO. ¡Salve, purísima Virgen María,

Reina del cielo,
Luz y alegría,
Madre adorada
Del Salvador!
Vida y dulzura
De ti esperamos,
Los afligidos
A ti llamamos,
Que no hay consuelo
Como tu amor.
Vuelve á nosotros
Esos tus ojos;
Vé cual te adoran
Puestos de hinojos
Los que su dicha
Solo en ti ven!

¡Oh! clementísima
Madre amorosa!
Solo tú puedes
Dulce y piadosa,
Dar á nuestra alma
Su único bien.

BACHILLER.—¡Los Reyes llegan! Viva la Virgen de la Paloma!

TODOS.—¡Viva!

BACHILLER.—¡Vivan los Reyes!

TODOS.—¡Vivan!

(La banda y la orquesta ejecutan una marcha. Confusion en la muchedumbre. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

EPICENA IX

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 13 de Diciembre de 1867.

El censor de teatros,

NARCISO SERRA.

NOTA. *Asimismo ha sido examinada y aprobada por la censura eclesiástica, autorizando á sus autores el Ilmo. Sr. Vicario de Madrid para que puedan imprimirla y publicarla, en oficio fechado en Madrid el 20 de Diciembre de 1867.*

GONZALO. ¡Salve, bendita Virgen María!

(La orquesta toca piano, y mientras tanto para la procesion y recita Gonzalo la salve.)

¡Salve!—(Gonzalo, bomea gracias á la Virgen)

